Mundo Argentino



Las Estrellas del Cine
BÁRBARA BEDFORD

En toda la república, 10 centavos
En el Uruguay, 5 centésimos

Notas veraniegas de la vecina orilla



Una gentil bañista realizando ejercicios sobre las arenas de la playa.



Dos encantadoras "sirenas" tomando el sol en la Playa Ramírez.



Un par de ondinas, prontas a lanzarse a las tibias aguas de Pocitos.



Al pie de su casilla, dudando si desafiar al sol o al agua que la atrae con su batir suave y seductor.



Envueltas por las leves ondas que parecen besarlas, estas ninfas no pueden menos que sentirse dichosas.



Lástima grande que el mar no sea un lago o una fuente, para gloria y regocijo de estas náyades.



Si grato es sentir la caricia de las aguas, no es menos grato su arrullo tendidas sobre las blancas arenas.



Tan saludables y atrayentes son las aguas marinas de la vecina orilla, que hasta las mismas sílfides descenderían a bañarse en ellas.

Fots. Adami y Sayago.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO



APARECE LOS MIERCOLES

Publicado por la Empresa Editorial HAYNES LIMITADA S. A. Maipú 393.—Bs. Aires

LA PUBLICACIÓN QUE MAS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

AÑO XIII, N.° 630, Bs. As., Febrero 14, 1923

NOTAS DE LA SEMANA

EL IMPERIO DEL LATIFUNDIO

Aumento de la corriente inmigratoria con respecto a los últimos años.—Necesidad de solucionar el problema agrario para poder arraigar una abundante inmigración sana y laboriosa.—El formidable obstáculo del latifundismo.—Males que ocasiona.—Necesidad ineludible de fragmentar los latifundios.—El latifundio todo lo domina y conspira contra la prosperidad de la nación.

La corriente inmigratoria, totalmente detenida durante los años de guerra, empieza a adquirir alguna importancia, aunque todavía está lejos de parecerse a la del período prebélico, nada exagerada, por cierto, si nos atenemos a la inmensidad del país.

Con ella vuelve a adquirir caracteres de suma urgencia el primero de los problemas argentinos, el problema agrario. Desde que se constituyó el país, cuando aun no existía entre nosotros el problema obrero propiamente dicho, ya existía la cuestión agraria. Cuando Alberdi lanzó su famosa fórmula: "gobernar es poblar" pensaba de hecho en el problema agrario. Y pensó en él Rivadavia cuando dictó la célebre legislación enfiteútica que, por desgracia, no perduró.

La falta de una solución inteligente y previsora del problema agrario hace que la sola posibilidad de un aflujo brusco de inmigrantes en gran cantidad se considere como poco deseable. El estado del país no permitiría absorberlos. Se encontrarían como esos pobres inmigrantes de los Balcanes que llegaron engañados a nuestro suelo, esperando tierras e implementos agrícolas para trabajar y que nada recibieron. Poblar el desierto, sin embargo, constituye una necesidad ineludible de la república. De no cumplir esta tarea no habría llenado lo que bien podríamos llamar su fundamental función histórica.

Todo lo que acabamos de decir nadie lo ignora; pero nadie se atreve a abordar resueltamente la cuestión agraria, lo cual es peor que ignorarla. Iniciativas no faltan; pero las más no se dirigen al fondo del asunto.

Ahora acaba de ampliarse la orden del día del período extraordinario con una iniciativa del poder colegislador consistente en facilitar los pedidos de concesión de tierras fiscales, en transformar a los arrendatarios actuales en propietarios de los lotes que cultivan y en otras disposiciones inspiradas en el mismo espíritu.

Tal iniciativa señala probablemente el comienzo de una serie; pero, ¿contemplará ésta de frente la cuestión agraria? Es lo que importa saber. Si nos guiamos por la actitud que hasta ahora han asumido los llamados a resolverla, una contestación categóricamente negativa es la única posible y correcta.

La ley del hogar y la legislación sobre arrendamientos agrícolas—cuya reforma es indispensable—algo significan. Mas el paso de verdadera trascendencia — el quebrantamiento del latifundismo—tarde en darse. El ejecutivo actual ha anunciado que empleará con los latifundistas la persuación, pero que si no diera resultado apelaría a métodos más eficaces. No adelanta en qué consistirán estos métodos. Convendría saberlo. Porque la eficacia resultará únicamente de la apelación a recursos enérgicos.

El procedimiento de la persuación, aun empleado desde las alturas del poder, puede anticiparse con la mayor seguridad, y sin necesidad de estar poseído para ello del don profético, que fracasará. Cuando se interponen cuantiosos intereses las palabras prudentes y los consejos bien intencionados no bastan. Sólo los hechos, y los hechos inflexibles y firmemente orientados, valen y pesan decisivamente.

El latifundio domina en el país y es su más formidable obstáculo. ¿Podría calcularse a qué altura se encontraría hoy una Argentina sin latifundios? El latifundio comienza a un paso de la capital, en plena capital podríamos afirmar, y termina en los confines de la república. La rica provincia de Buenos Aires, que nos rodea, a igual de casi todos los Estados argentinos lejanos, pertenece a un reducido número de latifundistas. Agréguese a esto, para tornar más angustioso el problema, que toda tierra fiscal de algún valor ha sido acaparada por particulares sin escrúpulos, favoritos políticos que enriquecieron a costa del porvenir de la nación, de suerte que el inmigrante, deseoso de cultivar nuestro suelo, no dispone actualmente, en el mejor de los casos, que de las tierras fiscales de territorios nacionales sumamente alejados; cuando el desierto comienza en las puertas de la capital! Mientras no se fragmenten los latifundios el problema agrario subsistirá con toda su fuerza y, antes bien, aumentará en gravedad.

LA PRÓRROGA DE LA LEY DE ALQUILERES

Se acerca rápidamente la fecha de expiración de la ley de alquileres y no obstante los pedidos de prórroga formulados en ambas ramas del parlamento, todavía el asunto no ha sido incluído en la orden del día de las sesiones extraordinarias.

La eficacia popular de la ley no ha pasado inadvertida a los partidos que hicieron de su prórroga un argumento electoral de primera fuerza. Sin embargo, se corre el peligro de entregar a los inquilinos a merced de la voracidad de los dueños de casas. Y como la población de Buenos Aires ha aumentado, lo mismo que la de las principales ciudades del país en una proporción relativamente mayor que el de casas, nos encontramos con que la situación actual tal vez sea peor que la de dos años atrás cuando un insistente clamor público, hoy renovado, impuso la ley cuya prórroga se solicita, porque es indispensable.

CIERRE DE DIEZ Y SEIS ESCUELAS

En Catamarca han sido cerradas diez y seis escuelas. El Consejo de Educación de la provincia argumenta que no recibía las subvenciones prometidas por el gobierno provincial y la municipalidad de la ciudad.

Cada vez va siendo más frecuente esto del cierre de escuelas en provincias. Pero pocas veces se han clausurado de golpe tantas en la capital de un Estado.

Se trata de una medida que entristece el ánimo. Cuando hacen falta en todas partes miles de escuelas para redimir del analfabetismo a una muchedumbre de niños en edad escolar; nos encontramos con que no se mantienen las escasas ya existentes!

Seguramente Catamarca espera que el gobierno de la nación se haga cargo de las escuelas clausuradas. También lo deseamos nosotros. Y deseamos que abra varios centenares de escuelas más en la provincia. Pero a su vez podemos demandar si las provincias no pueden garantizar la difusión de la instrucción primaria como lo ordena taxativamente la constitución nacional ¿cumplen con su misión de estados federales?

ADULTERACIÓN DE ALIMENTOS

Las comprobaciones de adulteración de alimentos en la capital y en provincias son tan abundantes que justifican con creces la modificación de las penalidades en que incurren los que a ella se entregan a fin de intimidarlos con algo más que con el decomiso de las mercaderías averiadas y una multa fácilmente soportable.

Pero también la frecuencia con que insisten los adulteradores en sus criminales maniobras justifica que las oficinas de investigaciones químicas les tengan clavado el ojo—como se dice—constantemente. Y esto es lo que no ocurre. Los descuidos son frecuentes, especialmente en el interior de la república, donde salvo en uno que otro punto, jamás se ha iniciado una campaña contra la adulteración de los alimentos. Y tal campaña debiera ser activa, infatigable y continua en todo el país. Los males que los adulteradores causan a la salud pública son incalculables y no tienen perdón porque sólo les guía la avidez del oro.

LA LUCHA CONTRA EL CURANDERISMO

No constituye un misterio para nadie que las provincias y los territorios federales están infectadas de curanderos. En una de ellas, Santa Fe, acaba de iniciarse una campaña y ya se ha comprobado que en plena capital ejerce la profesión galénica un señor sin título habilitante. ¿Qué no sucederá en la campaña?

El mal sembrado por los curanderos es grande. Juegan inconscientemente con la vida de sus semejantes, gente sencilla y sin muchas luces, por lo general, que prestan fe a sus patrañas, en las que desgraciadamente suelen creer más que en la palabra de los médicos entendidos.

El curanderismo no ha sido perseguido con eficacia y hasta ha gozado del secreto beneplácito de las autoridades porque se trata de un excelente agente electoral. Y para los gobiernos provinciales parece más sagrado asegurarse un triunfo en las elecciones que velar por la salud de los habitantes. Por lo mismo, la verdadera lucha contra el curanderismo todavía no ha comenzado en casi todo el interior de la república.

El bostezo es producido por mala aereación de la sangre y se parece al suspiro involuntario; ambos, son también prueba de fatiga mental.

La mitad de las personas existentes padecemos de tisis alguna vez en la vida, pero la misma naturaleza se encarga de curarnos.

La luz que produce una bujía ordinaria ardiendo dos días y dos noches, equivale a la energía de un caballo de vapor.

Una barra de acero cuyo precio es de diez pesos por término medio vale cuarenta mil pesos convertida en muelle de reloj.

¿Universo o universos?

Los modernos descubrimientos de la astronomía nos representan al nuestro como un simple punto entre millones de universos tan inmensos como el galáctico.

Se ha conquistado el átomo; ese infinitesimal confinando con la nada; hoy desentrañamos el sentido del Universo, representación inconcebible de lo inmensamente grande. ¿Hasta qué punto llegarán las conquistas del espíritu humano? Nadie es capaz de predecirlo. Sólo puede afirmarse una cosa: la noción de grande o chico, es artificiosa; para la bacteria, un átomo es infinitamente pequeño y un hombre casi inconmensurable; para nosotros las proporciones del sistema solar son aplastantes, y fuera de él, la imaginación se pierde.

Pues bien; los exploradores del cielo, no se contentan con medir el mundo perceptible; por generalizaciones atrevidísimas trazan un límite al Universo en que vivimos y nos dicen "esto es el Universo Galáctico, pero más allá, a distancias de ensueño, hay no uno, ni dos, ni cientos, sino millones de Universos como éste en el que al parecer reúnense miles de millones de soles a cuyo alrededor giran planetas como el nuestro, quizá habitados por seres inteligentes." ¡Oh, soberbia humana cuán poco eres ante las maravillas de lo infinito! ¡Oh luchas miserables de los hombres, codicias abyectas, bajas pasiones, ¿por qué no remontaros al campo de la Eterna Verdad? Suspendidos entre dos abismos, con ojos que no ven, y almas que no sienten, hácense los hombres desgraciados, por ausencia de ideales. Decidme si podéis, qué poeta es capaz de soñar lo que el telescopio bajo la dirección de un Curtis, o de un Shapley revela a nuestra atónita ignorancia.

Media entre los dos antecitados sabios, una controversia que apasiona al mundo científico, acerca de la constitución, forma y dimensiones de lo creado. El primero, quiere que nuestro sistema estelar galáctico, así llamado por pertenecer a ese amasijo de materia cósmica reunido en la Vía Láctea, sea una agrupación de no más de 30.000 años de luz en su dimensión máxima o longitudinal y 5.000 años de luz en su porción más gruesa. Shapley, en cambio, asigna al sistema galáctico 300.000 años de luz en su diámetro y 30.000 o más unidades de la misma clase en su grosor.

Si Curtis dice que los agrupamientos estelares y todas las demás formas de reunión de los cuerpos celestes pertenecen a nuestro sistema, Shapley cree que los amasijos globulares de estrellas son remotísimos objetos fuera del campo de nuestro sistema y a distancias de 220.000 años luz o más. Además el primero de esos astrónomos, defiende la teoría que dice que las espirales cósmicas no son objetos galácticos. Son islotes del Universo, aglomeraciones de materia del mismo orden que nuestra Vía Láctea distantes de nosotros 500 mil años luz, o bien 10.000.000 o más años luz! Para Shapley, en cambio, esas nebulosas estelares en espiral, son masas cósmicas fuera de nuestro sistema y huídas de regiones de gran aglomeración estelar.

Para poder imaginar, aunque no sea más que aproximadamente lo que son las distancias apuntadas, conviene recordar que si en las mediciones astronómicas corrientes el kilómetro resultó insuficiente, y en los cálculos para los movimientos de los planetas, usóse como unidad la distancia al Sol, o sea 140.000.000 de kilómetros, que tarda en recorrer la luz unos ocho minutos, en las observaciones como las de esos sabios, el año luz es lo único que puede usarse con cierta comodidad, distancia que expresada en kilómetros vendría a ser de 10.000.000.000.000 de kilómetros.



Perdido en un grupo estelar como este se encuentra nuestro sol



Con este diagrama es fácil seguir el proceso del pensamiento científico de nuestro artículo. Partiendo de una nebulosa espiral distante 500.000 años de luz de nosotros, en la que se señalan algunos amasijos estelares, se comprende cómo nuestro sistema solar no es sino un átomo astronómico perdido en la inmensidad.

Cuanto se diga sobre estos infinitos grandes es poco. Baste recordar que la estrella más próxima, el alfa del Centauro, dista cuatro veces y media la anterior medida, o sea que su luz tarda cuatro años y medio en llegar a nosotros.



Esta obra maestra de la fotografía astronómica es la imagen de una nebulosa espiral obtenida en el célebre observatorio de Mount Wilson, tan fecundo en descubrimientos científicos de todas suertes. Una aglomeración como esta se cree es nuestro Universo galáctico.

Pero si admirable es que por el cálculo alcance el hombre a esas inaccesibles regiones, lo es aún más, que allí donde pretendíamos ver una no interrumpida serie de astros, resulte ahora que esa continuidad era hija de nuestra ignorancia. No hay nada continuo. El Universo galáctico, puede compararse a una burbuja de materia cósmica en un inmenso piélago de éter. Y como esa burbuja, miles y miles...

Mas no siempre son esas burbujas brillantes y capaces de impresionar la placa sensible. Del propio modo que los aviadores saben por experiencia que en la atmósfera existen peligrosos "vacíos" donde el avión pierde pie y se hace de difícil manejo por falta de sustrato en qué apoyarse, la fotografía astronómica revela lugares donde las agrupaciones estelares son oscuras, masas opacas de materia que no luce, cual si la energía de sus elementos componentes se hubiese extinguido, y en vez de soles estuviesen formados por cuerpos como la tierra desprovistos de luz.

Además, interpretando las figuras reveladas en la placa, se ha venido a saber que la Vía Láctea tal como la vemos nosotros, es un efecto de perspectiva. Situados en un lugar de gran condensación de astros, vemos en su diámetro la mayor intensidad luminosa; lo que hace suponer, por analogía con otros Universos revelados fotográficamente que el galáctico es de forma lenticular, y quizá en espiral, como indica el grabado. Dentro de la Vía Láctea, descúbrense aglomeraciones parciales de innumerables soles, distanciados entre sí lo suficiente para que los choques no sean de temer; en una de esas aglomeraciones encuéntrase el Sol y su cohorte de planetas.

Así parece ser que está constituído el Universo. Esta Tierra que creemos inmensa no es sino una infinitesimal partícula de materia, cuando se la compara con la totalidad del espacio. Si los átomos distan entre sí distancias inauditas dada su pequeñez, a los soles, átomos del Universo, les ocurre lo mismo.

¿Por qué no ver repetida en la escala astronómica lo que en la atómica demuestra el análisis? Impera la Ley de Analogía por doquier, y ciego será quien no vea por comparación entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño un plan idéntico y una misma Ley. La vida, ¿estará sujeta a los mismos cánones y se regirá por idénticos principios que los de la materia bruta? Es lo que procuraremos aclarar.

LUMEN.



La estructura espiral de la Vía Láctea se explica fácilmente si suponemos la tierra situada en el lugar de los observadores. La cantidad de soles vistos es mayor en el sentido del diámetro que en su espesor. La imagen de una nebulosa espiral vista de canto es demostrativa en sumo grado.

El plátano de Argel

Conocida es la historia del plátano de Constantinopla, del que dice la leyenda haber sido plantado por Godofredo de Bullón. Compónese de una infinidad de troncos unidos unos a otros, y es más que un árbol un bosque. A pesar de su origen enemigo y cristiano, lo respetan los musulmanes. Los pastores establecen allí sus hogares, los pájaros encuentran sombra bajo sus inmensas ramas.

La capital de Argelia poseía también desde tiempo inmemorial un soberbio plátano que cubría con su sombra cerca de la puerta de Bab-Azoun la muralla a que se hallaba arrimado y toda la plaza inmediata. Esta plaza era la del mercado, y al mismo tiempo el punto de reunión, el cuartel general de todos los barqueros moros, de los titiriteros kabilas que hacían juegos de manos, tragaban serpientes, y entretenían al populacho de Argel, de los ciegos mozabitas o biskris que imploran la caridad y piden limosna, y de los cantores y músicos ambulantes.

Es un rasgo inherente de la vida oriental, confundir en todas partes en un mismo sitio las escenas de terror y de diversión, de animación y de muerte. Allí en otro tiempo bajo este plátano no solamente administraba la justicia el rey, como San Luis bajo la encina, sino también se ejecutaban las sentencias de muerte, excepto aquellas que la razón de Estado exigía que se ejecutasen secretamente, y en el régimen bárbaro que regía a Argel antes de ser conquistado por los franceses, es fácil de conocer que este era el número más considerable.

El plátano comprendido dentro del recinto de la ciudad, extendía sus extensas ramas por encima de las murallas, en cuya cúspide estaban los garfios en que se colocaban y dejaban a la intemperie la cabeza de los reos ajusticiados.

En presencia de estos sangrientos y diarios dramas, cantaba, jugaba, reía y se divertía la población de Argel, y el café moro del "Plátano", no era ni el menos concurrido ni el menos alegre de la ciudad. Esta prodigiosa mezcla entre los musulmanes, explica no menos que su desdén por la vida, el cómo un puñado de turcos aventureros pudieron haberlos subyugado, y gobernándolos por tan largo tiempo cual un vil rebaño, explotando, y diezmando a su antojo y placer una población de muchos millones de hombres. Cuando fué derribada la muralla de Argel, cayó también el famoso plátano, que había visto caer antes muchas cabezas humanas.

Almas...

Cuando el doctor Ansúrez pasó a mejor vida, todo el mundo se hizo lenguas de su obra colosal como hombre de ciencia, y los diarios de todo el país ponderaron sus profundos conocimientos en Historia Natural; sus trabajos sobre paleontología y arqueología; sus juicios, que hacían fe en estas ciencias, y el magnífico acervo que quedaba para los museos en aquellas valiosas colecciones de cacharrería calchaquís de armas, adornos y restos de razas extinguidas, desenterrados por él en los valles norteños, al pie de la cordillera, —arrancados unos a los secretos de las grutas y otros a la sagrada paz de las "huacas". Todo el mundo, repetimos, conocía y admiraba la paciente labor del sabio. Se le veía camino del Instituto de Ciencias con su legajo bajo del brazo, los días de reunión, o se sabía de él por las publicaciones de los diarios en que sus artículos ocupaban preferente lugar.

El círculo de sus amigos no era muy vasto; se componía de los compañeros del instituto y de alguno que otro camarada de los tiempos de su juventud. No tenía, tampoco, horas libres para costearse el lujo de la conversación sin objeto o el chisme social;—siempre le aguardaba sobre su mesa un montoncito de piedras, a primera vista sin valor alguno, cuyos misterios el doctor debía descifrar, o un trozo de alfarería indígena, o un cráneo coronado de pelos duros y negrísimos, o circundado de trencitas prolijas y simétricas... Muchas veces, interrumpido el hombre de ciencia por la visita de un periodista o de un personaje más curioso que realmente interesado, cortaba bruscamente la conversación, hacía un pequeño saludo y ganaba su despacho, encerrándose con llave... Todo esto se sabía y se repetía el día de su muerte... Todo, decimos; pero un secreto de su vida,—secreto sentimental que fué acaso la florecilla azul de aquella existencia consagrada por entero a la ciencia,—había quedado velado para el ojo avizor de los cronistas, y—¡alabado sea Dios!—no pudo ser profanado por el comentario vulgar.

Hoy que el sabio vive solamente en el recuerdo de los selectos que siguen admirando su obra; hoy que el diente de la murmuración no hincará rabioso en su memoria, y que otra alma blanca ha volado en busca de la suya, vamos a deshojar ese secreto como quien deshoja una margarita sobre un mármol funerario

---

Treinta años contaba Ansúrez cuando terminó su primera obra de aliento: "Las razas extinguidas del Norte Argentino",—obra que le consagró en la fama y le dió enorme relieve como investigador y hombre de ciencia. Ya su firma habíase hecho conocer en folletos, memorias y artículos de diarios y revistas; pero el éxito alcanzado prontamente por el libro, las nuevas teorías y bien fundados argumentos que aportaba sobre su tema, hicieron su nombre popular y aclamado.

Ansúrez rehuyó toda exteriorización de ideas en reportajes y entrevistas con los hombres de la prensa, marchándose a Catamarca, donde en silencio prosiguió sus excavaciones y sus estudios. Cuando regresó meses después, ya otro acontecimiento había apagado el entusiasmo provocado por el famoso libro, y de nuevo el laborioso doctor se encerró en su gabinete de trabajo, feliz de clasificar sus tesoros sin temor a importunos.

Una cartita,—una minúscula cartita de mujer,—se abrió paso hasta él. No contenía muchas palabras, puesto que decía así: "Admiro al sabio y pienso que colmaría mi felicidad conociéndole personalmente. ¿Ocurrirá esto algún día?" Firmaba la corta misiva solamente un nombre: Reina, y bajo esta linda y breve palabra, una dirección.

La aventura era enteramente nueva para Ansúrez; jamás había llegado a pensar que una mujer se interesara por las graves y profundas cuestiones que él proponía y desarrollaba en su libro; porque, bien mirado, ¿qué ojos femeninos se habían de detener en las calaveras alargadas, en los perfiles simiescos, en las tibias, en los fémures y en los esqueletos que en nutridos dibujos ilustraban las diferencias entre las razas aborígenes pre-históricas? ¿Cómo suponer que mujer alguna hallara interesantes los mapas de las regiones exploradas, las láminas que reproducían los fósiles y las inscripciones y los cacharros; ni que leyera las setecientas páginas atiborradas de datos importantísimos para la ciencia, pero soporíferos para cualquier dama por culta e instruída que fuese?

Tuvo, pues, Ansúrez una sensación de sorpresa y curiosidad indecibles. Si dijésemos que durante cuarenta y ocho horas pensó lo menos diez veces en aquella Reina ignota que firmaba la cartita, habremos expresado cuánto le impresionó ésta y su misteriosa admiradora. Al cabo de estas diez veces, se propuso ir a agradecer personalmente a la firmante la admiración de que le hacía objeto, y como Ansúrez no tenía con quien consultar sus determinaciones, lo que le evitaba trocarlas o anularlas, lo hizo tal cual lo pensó, y he ahí cómo trabó amistad con la linda mujercita que se llamaba Reina Montiel y que le recibió, como a viejo conocido.

No vamos a reproducir aquí la conversación que llevó al sabio de sorpresa en sorpresa durante más de media hora; pero sí diremos que éste se encontró con un espíritu cultivado y gentil, una mentalidad despierta y una encantadora atención para escucharle, y todo esto representado por un par de vivos y risueños ojos obscuros velados por arqueadas pestañas; un rostro en que los 25 años reían como chicos traviesos; un cuerpo proporcionado y una voz armoniosa y grata como una música...

Ansúrez quedó encantado de su amiga. Sin sentar plaza de marisabidilla, habíale ella hecho comprender cómo una mujer puede saber también su poquito de Historia Natural; cómo puede interesarse por las graves cuestiones que preocupan a los sabios, y leer lo que escriben personas tan ilustres y tan simpáticas como el autor de "Las razas extinguidas del Norte Argentino"... En suma; Ansúrez sintió por vez primera la influencia de un espíritu femenino sobre su vida solitaria, y tan grata le fué que intercaló en su programa de labor las visitas periódicas que debía rendir a Reina.

El trato asiduo; las interminables charlas sobre temas científicos que de vez en cuando se interrumpían por pequeñas excursiones al mundo de la música y de la poesía; — la necesidad, acaso de definir la situación un tanto anormal que en el curso de su existencia representaba aquella amistad, mantenida en riguroso secreto por el sabio,—determinaron a éste a solicitar a Reina,—huérfana y libre—su mano de esposa. Accedió ésta, gustosa, y helos aquí, lector amigo, novios, prometidos, pasando a tal estado casi sin transición, de su buena y leal amistad anterior. Nada de lo que hoy constituye el ceremonial existió para ellos. Ansúrez no endosó frac ni levita para hacer su petición, ni delegó en nadie encargo tan grato; la tarde en que resolvió dar semejante paso, se inclinó tal vez un poco más ceremoniosamente que de costumbre ante Reina, y con su sencillez habitual formuló la pregunta sacramental de este modo gentil:

—¿Quiere usted, Reina, ser la mía por el resto de mi vida, como esposa y compañera?

—Con toda mi alma, amigo mío;—fué la respuesta, no menos simple y leal.

Después, el novio besó la mano de su futura, y, como todos los días entablaron su conversación sobre el tema pendiente desde la visita anterior.

Una vez por semana visitaba Ansúrez a su novia, y nada trnscendió de este cambio de costumbres entre sus amistades científicas. Para todo el mundo, se ocupaba en preparar los materiales de un próximo libro sobre "Ruinas y yacimientos calchaquíes"; y, en efecto, esta era la labor que interrumpía semanalmente para visitar a su joven prometida.

Un año hacía que daba a Reina el dulce nombre de novia, cuando apareció el libro, recibido con entusiasmo por los inteligentes y por la prensa. El acontecimiento reunió en un almuerzo íntimo a los futuros esposos, y como manifestación única de la dicha que indudablemente le embargaba, Ansúrez besó la blanca mano de su musa con un beso un poco más largo que de ordinario... En cuanto a ella, era tan feliz que las lágrimas la ahogaban.

Pasaron los años. El doctor acababa de cumplir cuarenta y creyó llegado el momento de contraer matrimonio... Hacía cerca de diez que estaba de novio.

—Sí,—se dijo. Hoy hablaré a Reina de este asunto. Pero cuando llegó a casa de su novia tenía ésta una música nueva en el atril del piano y un libro de versos sin cortar, sobre la mesa de la sala, y a la hora de costumbre, Anzúrez besó la mano de su prometida y volvió a su gabinete de estudio sin realizar su proyecto.

Propúsose, por entonces, la tarea de una exploración a las mesetas andinas donde suponía la existencia de ruinas indígenas de épocas pre-históricas, y despidiéndose de la joven, marchó al Norte. Los trabajos de excavaciones y extracción de restos le llevaron más tiempo que el previsto, y durante dos años, Ansúrez no dió más señales de vida que las correspondencias que enviaba al instituto y a los diarios, y la carta semanal que escribía a su novia. Cuando volvió traía un verdadero cargamento de materiales para otro libro, y una serie de notas para su memoria oficial a la institución a que pertenecía.

Acometió sin pérdida de tiempo el trabajo que había planeado, y dijo, al besar la mano de Reina:

—Este libro será mi regalo de bodas; apenas lo termine, nos casaremos.

—Trabaja con fe y sin preocupaciones, amigo mío,—respondió ella. Soy muy feliz viéndote glorioso y satisfecho...

El libro prometía ser una obra monumental; el primer tomo apareció al año de comenzada, y en cinco años, otros tantos volúmenes completaron su vasto e interesantísimo plan.

Las academias extranjeras se ocuparon del sabio argentino en términos elogiosos; el país entero por medio de su prensa, le tributó aplausos sin número, y el gobierno, después de adquirir una buena cantidad de ejemplares de la obra, comisionó al autor para visitar los muséos europeos y ponerse al habla con sus hombres de ciencia más caracterizados, a fin de reorganizar, las secciones de Arqueología, Paleontología y Etnología de los nuestros.

Ansúrez, ávido de viajar, y más que todo, de conocer las eminencias científicas del viejo mundo, aceptó la misión y dispuso el viaje.

—A mi regreso,—dijo a Reina—celebraremos nuestra boda...

—Ve tranquilo,—contestóle ella.—Tus alegrías, tus honores y tus glorias las hago mías... ¿No te parece que debo estar orgullosa de ti?

—¡Mi adorada! Eres mi musa y todo lo que mi mente piensa, tú lo inspiras.

Sus labios sellaron la mano de la joven y el sabio partió.

Cuatro años duró la ausencia de Ansúrez. En ese período de tiempo el cable dió a conocer los triunfos de la ciencia argentina en los institutos extranjeros. El doctor dió conferencias, presentó memorias, trabó relación con los profesores de los más altos centros científicos, recibió condecoraciones de los gobiernos, promovió polémicas apasionadas y mereció distinciones unánimes de los inteligentes y de las corporaciones donde sus estudios hallaban entusiasta acogida. Al pisar de nuevo la tierra nativa, la reposada figura de Reina le salió al encuentro, y sus manos se enlazaron en un saludo cordialísimo que remató con el beso de rigor. Después, almorzaron juntos y él habló largamente contándola sus impresiones y sus esperanzas. Debía presentar su informe, y antes de eso, entrevistarse con el ministro quien habíale hecho saber su deseo de conversar con él sobre su misión.

El gobierno quiso utlizar los conocimientos del sabio y le dió el encargo de reorganizar los museos de acuerdo con las observaciones recogidas en su viaje. La tarea no era corta ni fácil; pero el doctor la aceptó diciendo a su prometida:

—Será mi "último" trabajo oficial. Después de él, el matrimonio, el hogar, los hijos...

¿Cuánto duró este "último" trabajo oficial? Si el lector quiere que le seamos francos, le confesaremos que hacía veinte años que Ansúrez estaba entregado a esa tarea cuando la muerte le puso punto final.

A su cabecera veló una mujer de cabellera blanca, semblante plácido y suaves manos de marfil... Era Reina.

Ella también emprendió el viaje eterno un año después; y he aquí el fin de aquel idilio blanco como una azucena, en el que el Amor fué mariposa de alas levísimas, hechas para volar arriba, sobre el polvo deleznable de la tierra.

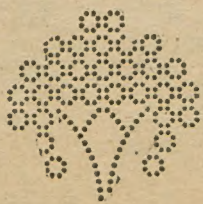
Lola S. B. de BOURGUET.

DONDE FUERES HAZ LO QUE VIERES



El papelón que hicieron dos invitados que cometieron la torpeza de ir al baile de máscaras con sus propias caras.

: MANOS :
BLANCAS



"Manos blancas no ofenden, señora"...
¿Manos blancas no ofenden? Aleve
una mano muy blanca y muy breve
torció el curso a mi vida en mala hora.

Esa mano, esgrimiendo la pluma
como un ciego puñal homicida,
si bien pudo arrancarme la vida
prefirió que en dolor se consuma...

Y en dolor se consume... No obstante
mi indolente abandono constante
y sentir hácia todo odio amargo,

y llevar, supurante, mi herida,
en mi carne florece la vida
para hacer mi dolor aún más largo!...

José M. BRAÑA.

La vida cinematográfica

De una interesante narración sobre su estada en Norte América, donde concurrió para filmar una cinta, esta conocida artista dramática francesa Mme. Marta de Sivray, estractamos los siguientes párrafos que dan idea de la vida que llevan en Los Angeles, el mundo cinematográfico.

Hemos llegado a Hollywood, dice, siguiendo avenidas bordeadas de palmas centenarias e hicimos alto en los estudios de Brinton, los que, sin tomarse en cuenta las hectáreas destinadas a puntos de vista y las construcciones fijas, tienen más de media legua cuadrada de edificios engaña-vista, como ser palacios, castillos históricos, estaciones de ferrocarriles, docks, usinas, pagodas chinescas, jardines japoneses, y calles de ciudades. Al lado de una plaza de Roma hay un rincón de Regent-Street, la Avenida de la Opera de París, o Broadway en invierno, pues nieve de algodón y estatuas artificiales de hielo, adornan las ventanas.

Inmensos halls repletos de muebles, accesorios, objetos de adorno, aparatos de iluminación, fabricados en los mismos talleres de carpintería, mecánica, electricidad, herrería y pintura anexos al establecimiento. Todo se mueve eléctricamente desde las cepilladoras hasta los aspiradores de polvo. También vi máquinas para hacer viento, lluvia, humo y hasta terremotos.

Una especie de paisaje en miniatura que recuerda los jardines en relieve, se halla instalado sobre una plataforma móvil, de dos a tres metros cuadrados; reproduce hasta en sus más mínimos detalles un paisaje con sus bosques, llanuras, estancias, estaciones de ferrocarril, caminos bordeados de arboledas, canales de irrigación y colinas azuladas que se perfilan en el horizonte. Este decorado, convenientemente iluminado y dispuesto detrás de las ventanas de un interior, con las hojas de los árboles agitadas por un ventilador, da la perfecta ilusión de un panorama auténtico.

Una actitud pensativa pero cómica del gran Chaplin.

Dentro de este "studio", existe una oficina de correos, telégrafos, un destacamento de policía, otro de bomberos, una inmensa piscina en la que se realizan escenas náuticas, un gimnasio para uso del personal, una enfermería con una magnífica sala de operaciones y un grandioso restaurant, donde por precios módicos se alimentan admirablemente artistas y obreros.

En este establecimiento, dispuesto como los "dininq" rooms" de Nueva York, cada uno se sirve a sí mismo. De unos cajones, situados a la entrada, se toma una tarjeta, un plato, un cubierto y una servilleta; luego se desfila ante un mostrador donde se hallan expuestos los diferentes platos de comida; se elige lo que más agrada y los mozos marcan la tarjeta. Se paga en la caja al retirarse del mostrador con lo elegido y luego se instala en la mesa que más le convenga.

Casi todos los artistas almuerzan allí en traje de carácter. Indios con plumas comen con árabes de amplios burnons, gauchos con grandes chambergos junto a damas elegantes; un abate Luis XV con un fakir hindú; soldados de todos los países hasta de los que no existen codean princesas de leyendas o ascensoristas con combinaciones de tela azul y el martillo colgando de la cintura.

Más adelante, en un precioso cantero adornado de espléndidas flores y bordeados por bosquecillos, se hallan los camarines de las "estrellas".

Mucho más allá, en terreno aparte, se encuentra el vivero de cocodrilos, con un surtido de saurios de todas edades y dimensiones; desde los recién nacidos hasta ancestrales de doscientos años, blindados como submarinos.

Como anexo principal, está la ambulancia, pues estos anfibios están siempre en perpetua guerra y no es raro ver que la mandíbula o la pata de uno de ellos, quede como trofeo en las garras del vencedor.

En Universal City, al Norte de Hollywood y en un magnífico sitio montañoso, hay otra colección de fieras, donde y en otros atractivos, muestran con orgullo un feroz elefante, el que, como con respeto afirma el guardián, ha matado hasta ahora, cinco personas que habían tenido la poca precaución de acercársele demasiado. Antes de que hiciera una sexta víctima, se decidió encadenarlo.

En Los Angeles, aparte de la primera quincena de febrero en que caen recias lluvias, reina siempre buen tiempo. Sus más viejos moradores afirman que jamás han oído tronar.

Tuve el agrado de ser presentado a Max Linder. Es un joven un poco esquivo, pero de una perfecta urbanidad. Max Linder es un gran precursor, pues en la época en que en los Estados Unidos se ignoraba casi completamente el arte cinematográfico, él ya imprimía films impresionantes. Como paradoja puede citarse el caso de este hombre que en su profesión ha desafiado a todos los peligros, ha arriesgado su vida en cien ocasiones en vertiginosas excentricidades, se rodea en el "civil" de miles de precauciones; sobretodo contra las corrientes de aire.

Ultimamente, tuvo un serio altercado en un restaurant con una persona que se obstinaba en dejar la ventana abierta. Hubo insultos, cambios de tarjetas, envío de padrinos, arreglándose luego amistosamente la cuestión. No me importa morir, decía Max; pero no quiero resfriarme.



Carlitos Chaplin y Max Linder, los actores de cine que más han hecho reír al mundo entero.

Contraste curioso. En América, donde todos se halla tan apasionados de modernismo, es sin embargo el país, donde reflorece el espíritu de cuerpo de antaño. Por ejemplo: un oficial pintor jamás consentirá en clavar un clavo, pues se lo prohibe el sindicato. Hoy he visto este caso: Mr. Miles deseaba que se sacaran dos escaleras que impedían la vista de una decoración. Como se hallaran ausentes los carpinteros, hubo que esperar media hora a que volvieran, a pesar de que había media docena de electricistas que no hacían nada.

Delante la puerta del "studio" párase un automóvil manejado por una joven señora que lleva como pasajero un hombre y varios chicos. El hombre desciende con su valija de herramientas en la mano; saluda con un "good bye" a los ocupantes del coche que prosigue su camino y penetra en el establecimiento. Es un obrero mecánico quien viene a cumplir su jornada, mientras que su joven esposa e hijos van a la ciudad a hacer "chopping".

Por intermedio de Max Linder, he conocido a Carlitos Chaplin y—favor único—podido asistir a su trabajo. Me he convencido de que la fuerte impresión que Chaplin sabe dar al espectador resulta siempre del contraste existente entre lo que se espera y lo que llega; de la distancia entre las deducciones de apariencias lógicas que se derivan de un hecho y sus consecuencias reales, más lógicas todavía.

Así por ejemplo, viéndose a Carlitos de espaldas, acodado en la borda de un vapor que se balancea, los hombros sacudidos por movimientos convulsivos, la duda no es permitida; el héroe tiene náuseas y está pagando el tributo al mareo. Pero de repente, Carlos se da vuelta, con la sonrisa en los labios y teniendo en la mano una caña de pescar con la cual acaba de atrapar un pez. No estaba mareado: pescaba simplemente.

Cuando después de haberlo visto, el espectador reflexiona, reconoce que los saltitos que pegaba la espalda correspondían perfectamente a los gestos imprescindibles a un pescador empeñado en sacar del agua un pez recalcitrante. Y sin embargo, Carlitos no improvisa nunca, pues su afán de perfección es prodigioso. Hay que verlo trabajar en su "studio", reconcentrado, nervioso, inquieto, haciendo recomenzar diez veces un pedazo de cinta hasta que quede conforme con la más mínima actitud para darse cuenta del genio y del trabajo del hombre.

Douglas Fairbanks, el risueño y popular actor amigo de cuantos visitan Los Angeles.

El día que lo visité, se hallaba con él, su inseparable amigo Douglas Fairbanks. En mi honor, ambos "stars" de tan diversos temperamente improvisaron una escena de la cual conservaré imborrable recuerdo.

Terminada la labor diaria, nos reunimos en el fumoir, ante una mesa abundantemente provista de cocktails y wiskies and soda, como para hacer olvidar la prohibición de tomar bebidas alcohólicas que existe en el exterior.

Todos los accesorios se reducían a una mesa y una silla, Carlitos sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, se halla pensativo. Alguien golpea en la puerta y aparece Douglas, encorvado, la cabeza entrada dentro las espaldas, los ojos vagos y dando muestras de un cruel sufrimiento. Carlitos, alarmado, se precipita, lo abraza, lo trae con maternal solicitud hasta la silla donde lo sienta, lo interroga ansiosamente y Douglas sólo contesta con lamentos.

Tengo que hacer notar que esta comedia, dada en mi honor, la representaban en francés, idioma que Carlitos conoce a penas y que Fairbanks ignora completamente. Pero ambos lo substituían con un galimatias informe, hecho con onomatopeas y en la cual la sola entonación expresaba—y en qué forma y con qué intensidad—los sentimientos de ambos personajes entremezclados con innenarrables gestos y visajes.

Imitando Otello, Carlitos busca las causas del dolor de su amigo. Investiga si el dolor es físico o moral. Convencido de que es físico, palpa, ausculta, mientras Douglas gime y se lamenta. De repente Carlitos, preso de una súbita inspiración, arranca el cuello del saco del paciente, descubre la nuca y halla el furúnculo sobre el cual apoya con todas sus fuerzas, a pesar de los gritos del paciente. Douglas se siente aliviado; era todo lo que le hacia sufrir, era por esa causa que tenía esa cara de crucificado y que profería tan lamentables quejas. Los dos caen en brazos uno de otro. Terminó la función con el consabido abrazo.

Nunca me he reído tanto, aunque no dejé de comprender que el fondo del asunto, envolvía una sátira contra los franceses, pues lo que ambos habían ideado era demostrar que del otro lado del Océano, aunque sea por una pequeñez, todo el mundo se desespera y se lamenta. La intención podía ser mala pero la ejecución fué tan buena!



Una vista de Hollywood, donde se ven las ciudades y castillos transformados más tarde en suntuosos parajes del estilo y lugar que convengan.

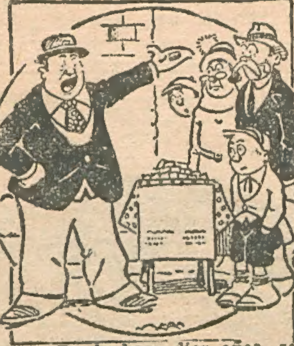
Página amena



—¿Cuál es su profesión?
—Soy inventor.
—¿Y qué ha inventado usted?
—Hasta ahora nada, pero busco...



—He tenido suerte hoy.
—¿Por qué?
—Porque vine a las carreras y me dejé el dinero olvidado en casa.



—Desde hace diez años, señores, vendo este remedio cúralotodo, y, hasta ahora, nadie ha protestado ¿Qué prueba eso?

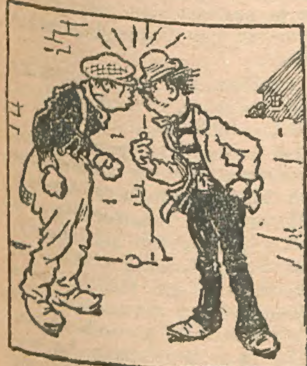
Uno del público. — Que los muertos no hablan.



—Acabo de lavar la camiseta nueva de Juancito y ha encogido tanto, que le queda chica ahora.
—¿Por qué no lo lavas a Juancito también?



—Dice mi papá que le cambie este huevo pasado por uno fresco... y que si no quiere, que se lo tire yo a la cabeza.



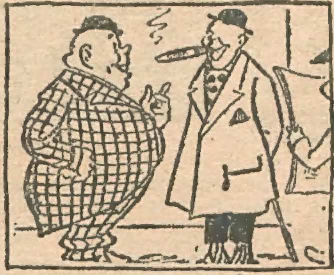
—¿Qué dices ahora de aquello?
—¿De qué?
—¿Qué dices de lo que dijiste que yo dije de Fulánez?



—Este caballo acaba de hacer cincuenta kilómetros en una hora.
—¿Es posible? ¿Dónde ha sido?
—En el vagón de un ferrocarril.



—¿Qué hacía tu papá antes de morir?
—Pues... vivir.



—¿Qué tal es este lugar?
—Muy lindo, pero no es para gente pobre... a no ser que tengan mucho dinero.



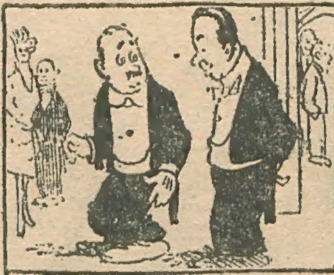
—¿Se ha caído usted al agua?
—No, señora; yo siempre me baño vestido para no tener el trabajo de tener que quitarme y ponerme la ropa.



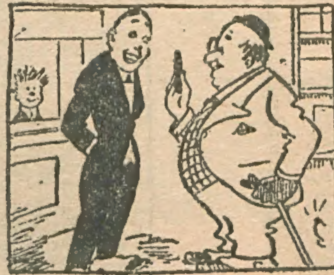
—Dice mi mamá que me dé veinte centavos de manteca y el vuelto de cinco pesos. Los cinco pesos se los dará mañana o pasado...



—¿Quiere contribuir con un peso, señor, al embellecimiento del pueblo?
—¿En qué sentido?
—Si me da usted el peso, me voy a otro pueblo.



—Hace dos años estaba yo idiota por aquella señorita.
—¿Por qué no consulta a un médico?



—Este es un cigarro que puedo usted ofrecer a sus amistades.
—Pero es el caso que yo deseo uno que pueda fumarlo yo



—¿A qué atribuye usted el que hayan dejado de poner sus gallinas?
—Al hecho de que ha pasado un automóvil.



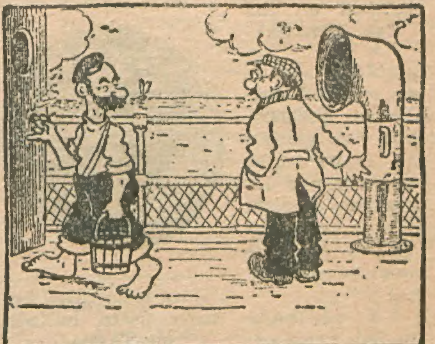
—¡Qué perrito tan inteligente! Me escondo detrás de este árbol y en seguida me encuentra.



—¡Qué desgracia, querido! El gato se ha comido el bizcocho que había preparado para ti.
—No importa, amor mío. Te compraré otro gato



—¿No me oyó llamarla, Petrona?
—Sí, señora, pero como usted me dijo ayer que no quería que le contestara...



—¿Para qué tienen este fonógrafo si no lo hacen funcionar nunca?



—¿Llego a tiempo para el próximo tren?
—Para el próximo, que sale a las cinco de la mañana, sí; pero para el último de la noche, no.



—Antes de dedicarme a herrero, tenía yo un trabajo muy absorbente.
—¿En qué trabajaba?
—Preparaba papel secante.



—Deseo comprar un revólver.
—¿De cuántos tiros?
—De siete: es para matar a un gato.



—A mi mujer le ha dado ahora por hablar con los espíritus
—¿Tanto la aburre tu conversación?

Influencia griega en la India

CURIOSOS HALLAZGOS EN TAXILA

Igual que Bactria, "la madre de las ciudades", Taxila es de antigüedad remota, y en los días de su mayor esplendor, fué el centro de muchas naciones, de distintos idiomas y de diversos credos. Taxila es un nombre sugestivo: contracción de "Takshasila", ciudad india ganada por los soldados de Alejandro el Grande, evoca la conquista de París, que anexionó Taxila al Imperio persa; el paso del rey de Macedonia, para proporcionar un descanso a sus tropas, en lucha contra Poro, y una generación más tarde, la aparición en escena de Demetrio, el yerno de Antíoco el Grande; después, la sucesión de príncipes griegos, que influyeron en los asuntos de Taxila durante más de una centuria; la llegada del extranjero Kushans, que fué destinado, bajo las órdenes del emperador Kanishka, a conquistar la mayor parte del Indostán, y, finalmente, la invasión de los hunos, que rivalizaban con las hordas de Atila en actos de crueldad, y que fueron los responsables de la absoluta destrucción de Taxila.

La situación geográfica de Taxila la convertía en el punto convergente de la ruta del antiguo comercio entre Afghanistán y el Oeste del Asia, y entre Cachemira y el Indostán; y a esta favorecida posición debió, sin duda, la ciudad su riqueza y su importancia.

Desde otro punto de vista, su situación era admirable; rodeada de valles admirables, su suelo fertilísimo y su agua abundante. El valle es extenso, y en él hay enterradas tres ciudades distintas y un sin número de monumentos, pues Taxila fué dos veces trans-



Copa de cobre hallada en Sirkap (Taxila).

plantada desde su original fundación; primero, por los griegos de Bactria, y después por los kushans, y cada una de estas ciudades contiene numerosas ruinas.



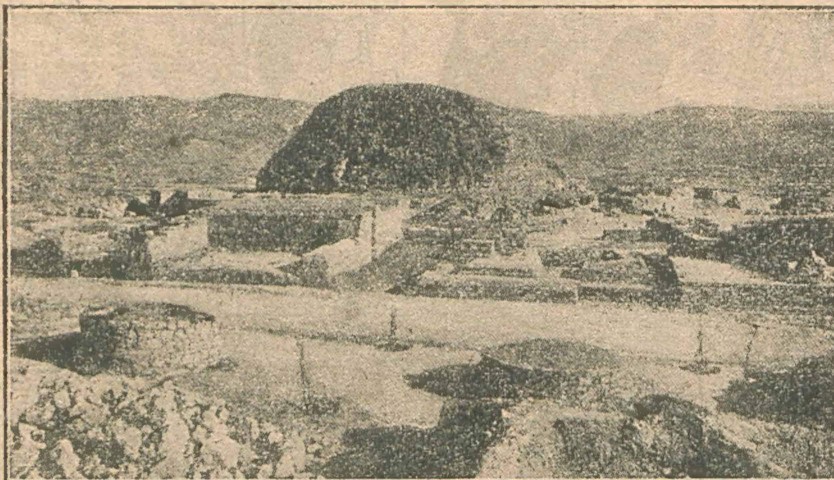
Piedra tallada del período parto hallada en Taxila.

La primera ciudad yace enterrada cerca de Bhirmound, y todo cuanto de ella se sabe se debe a los historiadores de Alejandro. Entre los objetos encontrados en sus ruinas figura un vaso con dibujos de estilo griego—la cabeza de Alejandro,—y el cual no se cree que sea una reliquia dejada por uno de sus soldados, pero es una prueba determinante del efecto producido por las conquistas del emperador.

Las casas de esta ciudad eran irregulares y construídas de modo burdo; pero eran un ejemplo del género primitivo en el país y ofrecían un singular interés por sus detalles curiosos, tales como la existencia de pequeños altares en algunas de sus habitaciones.

Interesante también, y único entre las ruinas descubiertas, es un templo, de tres altares cuadrados y alineados en el centro. Y una variada colección de pequeños objetos, jarros, figuras de "terra-cotta", monedas, gemas pulidas y joyas...

La segunda ciudad, actualmente conocida por el nombre de Sirkap, fué construída por los griegos de Bactrian, al noroeste de la vieja Taxila, un siglo



Monumento budista en el Panjab del siglo I antes de J. C.

más tarde destrozada y reconstruída por los escitas (del Estado de Escitia). Poco se ha explorado en ella, pero



Objetos de cobre y bronce al ser extraídos por medio de las excavaciones.

una gran área de la ciudad fué descubierta, y el visitante puede ahora contemplar muros y fachadas, y pasear por algunas de sus calles y estudiar su plano y la construcción de sus edificios. Uno de éstos, de mayores proporciones y más sólidamente construído que los restantes, fué, probablemente, el palacio del dictador de Partia. Algunas de las pequeñas casas, a juzgar por las pruebas halladas en ellas, pertenecieron a los budhistas, y otras a los hindus. Construídas principalmente de piedra, eran más fuertes y estaban alineadas con más regularidad que las casas de la primera ciudad y se caracterizaban por otras raras diferencias. Una de las más curiosas es la total ausencia de puertas en los pisos bajos o a ras de tierra. La razón de esta anomalía es que estas habitaciones se utilizaban como cuevas y el acceso a ellas lo daban escaleras interiores que partían del piso de encima.

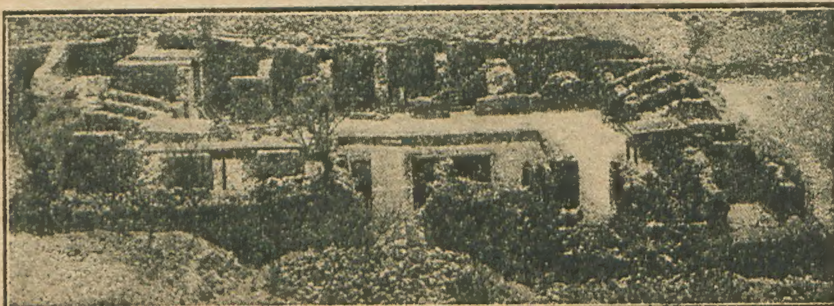
Otro rasgo interesante de estas casas era que estaban desprovistas de toda distribución apropiada y que sus numerosísimas habitaciones servían, casi seguramente, para albergar diferentes familias.

Esta parte de la ciudad debió ser el barrio universitario (en Taxila radicaba la más importante Universidad de la India), y estas casas, las viviendas de profesores y estudiantes, los cuales encontrarían, sin duda, mejor acomodación en ellas que en sus ordinarias viviendas. Otra peculiaridad, común a muchas de ellas, es la presencia de una capilla en uno de sus patios.

La capilla fué erigida al principio de la Era cristiana, o quizás un poco antes, y es notable por su interesantísima combinación de motivos indios, helenos y escitios exhibidos en su decoración, entre los cuales puede verse, especialmente, el emblema del "águila de la doble cabeza".

Todas las antigüedades encontradas en la ciudad de Sirkap sirven también para demostrar el carácter híbrido, y casi más griego que indio, del arte y la cultura en Taxila.

Además de las excavaciones hechas en los terrenos que ocuparon las ciudades, muchas exploraciones han sido hechas en los valles, y se han hallado pequeños templos, cuyo aspecto general recuerda el estilo griego, aunque con bastantes diferencias en la construcción. Por ejemplo, en vez de haber una cámara entre el santuario y el "opisthodomos", hay en dichos templos una sólida torre, igual que un "ziggurat" asirio, en el centro del átrio. Las columnas del pórtico central son de estilo jónico, y son iguales a las de los templos de Grecia. Recuerda todo el templo descrito por Filostrato, donde Apolonio y su compañero Damis esperaron el permiso del rey de Partia para entrar en la ciudad, y en donde vieron, colgados de los muros, groseros cuadros retratando las batallas de Poro y Alejandro.



Excavaciones del monasterio de Mohra Muradu, en donde han sido halladas innumerables esculturas y obras de arte.

Los demás monumentos desenterrados son budhistas, y comprenden los más finos y ricos ejemplos decorativos de monasterios descubiertos en el Panjab.

Todos estos trabajos realizados ofrecen excepcional oportunidad para el estudio de la construcción primitiva y para determinar las fechas de muchos monumentos.

En las capillas fueron encontradas multitud de imágenes, ofertas de devotos y reliquias budhistas.

Aún mejor conservados y más abundantes en tesoros eran los monumentos hallados en Mohra-moradu y Jaulias, pues no sólo eran de construcción más reciente, sino que habrán sido nuevamente reparados y decorados. Abundaban las esculturas en relieve como adorno de los muros, y eran admirables ejemplos de la escuela greco-budhista, en el período de su decadencia. La mayoría de estos relieves eran de estuco;



Jarro de cobre encontrado en Sirkap (Taxila).



Medalla de plata representando a Dionisio.

pero hay algunos —y son los únicos en la India,—de arcilla, pues aunque ésta se usaba para tales relieves en aquellos tiempos, la arcilla es un material peligroso.

Estos monasterios fueron quemados por los hunos, y gracias a esto dichos relieves, por el calor de las llamas, se convirtieron en "terra-cottas".

Es tan grande la fuerza que los leones tienen en la boca, que se ha visto señalada la dentadura de uno de estos animales en un trozo de hierro.

De todas las razas humanas, 500 millones de individuos usan ropa, 250 van completamente desnudos y 700 sólo se cubren la mitad del cuerpo.

Las aves en sus grandes vuelos emigratorios, realizan siempre sus viajes a favor de las grandes corrientes eléctricas y magnéticas.

Las novias del Japón entregan a sus padres los regalos que reciben en la boda, como ligera recompensa del trabajo que les ha costado criarlas y educarlas.

¡Debrú muticuá!...

Aunque viejo y achacoso, don Pedro Etchenagusía,—hotelero del pueblo desde su fundación,—no era hombre de arredrarse por poca cosa. Había que verle a la puerta de su establecimiento, alto y grueso, de abultado abdomen; la pequeña cabeza cubierta con su clásica boina azul; la cara ancha y enrojecida, chispeantes los ojos, vistiendo chaqueta de pana y alpargatas, en los labios el eterno pito de yeso, mirando, con las manos en los bolsillos, los pasajeros que descendían en ese instante del tren.

Eran casi todos hacendados y viajantes, huéspedes obligados del hotel, a quienes conocía don Pedro desde la infancia o desde que bajaron por vez primera al pueblo. Cuando veía entrar al andén a algún forastero, especialmente si traía facha de porteño, remilgado y fino, murmuraba entre dientes, mordiendo el pito:

—Pueblero, sí, niño delicau... Yevar poco plata en bolsiyo, pero mañas y trampa no hay cuidau... ¡Yende gaiztua, falzua, vay! ¡adisquide guti!

Por antagonismo, todo lo que tenía viso porteño ponía al vasco fuera de sí. No luchaba contra ellos, claro está; pero en su pueblo, a la puerta del viejo hotel, resistía a la civilizadora irrupción de los nuevos, luchando con fervor atávico, aunque sólo sacaba maldiciones y uno que otro refrán de intempestiva gracia y poca enseñanza.

—Dejarme de ciudá al vasco: yo sé qué es eso, aunque no anduve en eyas, —exclamaba don Pedro, frunciendo el entrecejo.—Mira que te meten invenciones y güeltas, que vos andas después más ciego y mareau que avestruz con el boleadoras al pescuezo...

—Los inventos son pa comodidá de la gente,—contestábale algún paisanito, con ánimo de ofuscarlo.

—¡Salí, salí! —gritaba don Pedro, enfureciéndose.—¿No ves que ni saludar te saben, ahora?... Levantar vos por la mañana, decir buenos días, como gente cristiana, y estos modernos contestar "¡salud!".

—¿Y, güeno, no es lo mismo?

—¿Lo mismo? Salud es pa decir a uno cuando estornuda...

El había llegado al pueblo el año de su fundación, en compañía de varios paisanos, cuando sólo se alzaban la estación y la pulpería. Establecióse allí, fuerte y animoso, pleno de juventud; empuñando la filosa hacha, con cuyos golpes había de derribar tantos y tantos montes, labrando al mismo tiempo la cuantiosa fortuna que era hoy el mejor premio de su trabajo y valor infinito. Ahora, próximo a la muerte, rico y respetado, llevando en su afán inquebrantable cincuenta años de fatigas, miraba el nuevo pueblo, con más de dos mil familias, como un gran monumento de la vida, cuyos pedestales levantaran él y sus desaparecidos compañeros. ¡Qué amargura y rabia afligía su corazón, al ver su obra invadida por la turba pueblera! Todo lo mudaban y transformaban, desde el azadón por las máquinas, hasta el buey por el tractor. Pero por lo que mayor aflicción tenía don Pedro, era por la amoralidad de las costumbres, en los negocios y vida íntima. Nada valía ahora la palabra de un hombre: todo se hacía por escrito, y aun así, no eran pocos los que eludían la ley, burlándose de cumplimientos y dignidades.

Vivía en el pueblo un gauchito, Pascual Paladino, domador de oficio, que con su labia y suspicacia supo entrarse en la simpatía de don Pedro. Después de almorzar, sentábanse ambos a la mesa, frente al frasco de caña, y echa-



Establecióse allí, fuerte y animoso, pleno de juventud...

ban largas y animosas partidas de mus, en las que siempre ganaba el vasco... no se sabe si por su mucho conocimiento del juego, o por intención de su contrario. Porque el gauchito sabía que al buen hotelero se le atraía la voluntad hablando mal de las ciudades o haciéndole ganar al mus. Pascual hacía las dos cosas a la vez:

—De cartas, don Pedro. ¿Qué me dice de la política de Güenos Aires? Parece que andan regüeltos como carbonada. "No hay mus". "Paso grandes".

—¡Política... ¡bah! Vividores que te hacen cuento al trabajador y te sacan plata con conferencias. "Pares tengo". "Tres envido".

—"Juego no". ¡Ah, don Pedro! Gracias a Dios, entuavía no nos han engatuzao a nosotros. Le juro que aquí vale más la palabra de un hombre, que tuitas las papeletas con estampiyas y letra 'e imprenta.

—Pocos quedan, sí, sí, pero algunos hay buenos. "Una de grandes, dos de medias y una porque no, son cuatro". "Punto dejo, yevo dos". Vos estar de los míos, Pascualito...

Una tarde, entre las plácidas incidencias del juego y calurosa charla del poblado, Pascual habló de negocios. Estaba cansado de su oficio, que a más de ponerle continuamente en peligro, no le rendía lo necesario para el sustento. Con ánimo de arrendar unas cuadras y comprar algunas cabezas, pensaba que don Pedro no le negaría un capitalito como para iniciarse, que luego le pagaría por cuotas semestrales con sus correspondientes intereses. Demás está decir que el buen vasco no le dejó terminar su elocuente exposición, pues con una palmada en el hombro y un trago de caña ofreció su bolsillo sin que valieran papeles ni intereses. Esa misma noche entregó a Pascual los diez mil pesos.

Al día siguiente, muy temprano, el gauchito ensilló su pingo, ató a la grupa algunas pilchas—todo lo que tenía en el abandonado rancho—y preparóse para un viaje de algunas leguas, en procura del dueño del campo. Despidióle don Pedro deseándole pronta y feliz vuelta; y allí quedó en la puerta del hotel, con el pito en los labios, las manos en el bolsillo, mirándole alejarse por el camino, al trotecito de su flete.

Pero pasaron las semanas y los meses, y Pascual no regresaba de su viaje de negocios. ¿Qué le pasaría? No teniendo en el pueblo familia e ignorándose el punto de su viaje, nadie se preocupó poco ni mucho de su vida. Nadie, con excepción de don Pedro. Temía por su suerte. ¡Sí! Seguramente habría sido asesinado por los bandoleros de la cordillera, o perdídose en los bosques del Neuquen. ¡Dios diese descanso a su alma!

¡Cuál no sería, pues, la sorpresa del vasco, cuando un viajante le avisó que Pascual vivía en Pico, regalado de buena vida y mejor prenda, en uno de los hoteles!

—¡Rediez! ¿En Pico y con mujeres? ¡De bruyén ardía! ¡nic arrayndacohí, debrú muticuá! ¡hil cohí, a la guíncua, vay, vay!

Esa misma tarde don Pedro ciñóse el cinto, cargó al brazo la chaqueta y el palo, y tomó el tren a Pico. ¡Había que verle chispear sus pequeños ojos!

Ya en la ciudad, no le fué difícil hallar el paradero del paisanito. Lo encontró bebiendo el aperitivo, sentado a una mesa del hotel, con arrogante aspecto y radiante faz. Al verle, tuvo el gauchito un momento de imperceptible turbación; pero reponiéndose de inmediato, adelantóse hacia don Pedro, con los brazos abiertos.

—¡Don Pedro!

—¡Azquenecó harrapatuhít, de bruyén arima! ¡Hauguí hunat! ¿qué hacer vos de mi dinero?

—¿Pero no sabía?—exclamó el gauchito, soltando hondo suspiro.—¡Me lo robaron apenitas bajé a Pico!

Y le explicó el caso. Al llegar a la ciudad, unos señores muy bien vestidos que debían ser, seguramente, de Buenos Aires, le hablaron de campos y haciendas, proponiéndole cerrar negocio con ellos. El aceptó. Le hicieron depositar los diez mil pesos en casa de un escribano, luego lo llevaron de aquí a allá, etc. Total, que una mañana desaparecieron vendedores, escribanos y los diez mil pesos, quedándose él en el hotel con una prima suya, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Por suerte estaba allí su amigo y protector. Sí. Don Pedro lo ayudaría una vez más.

El buen vasco se rascó la cabeza y tiró el pito al suelo. ¡Siempre habrían de ser esos tilingos tramposos!

—Bueno. No poner triste. Vasco darde ahora cien pesos, que no yevar más en cinto, y venirte vos por hotel. Vamos, no afligir mucho...

Y se fué, camino de la estación, profiriendo mil tacos contra los cuenteros niños lindos.

Apenas salió don Pedro, hizo Pascual una guiñada a su compañera, que en la mesa contigua, había escuchado el diálogo. ¡Qué fácil era vivir a costa de los buenos vascos!

Y entre tanto, aguardando el tren, en la estación, el hotelero pensaba una vez más con infinita tristeza, en la inmoralidad de Buenos Aires y sus habitantes, que en mala hora arrasaron con la honradez e inocencia del gaucho...

Lucio ÀRRAIZ NAGUIL.

DESPUÉS DEL BAILE

□

El héroe de la fiesta y su esposa toman el primer coche subterráneo, en dirección a casa.



Con motivo de estas fiestas

Lamentábase un corresponsal de que en cierta ciudad de provincia, gentes de pocos recursos se disputasen los palcos del corso. ¡Cuánto mejor no harían, empleando a fines útiles el dinero que así gastaban!

Pero esto no impide que las diversiones sean necesarias. No hay que confundirlas con las frivolidades, y mucho menos con la vida frívola. Aunque parezca paradoja, las diversiones son una cuestión que debe tomarse en serio.

En estos carnavales muchas personas se habrán divertido sin moderación, y derrochando dineros que penosamente habrían ganado, y que les harían falta para satisfacer necesidades personales o de su hogar. Las habrá también que hayan ultrapasado los límites de la cultura, e incurrido en excesos condenables. Sin embargo, las diversiones son necesarias.

La semana pasada, yendo por la calle, encontramos a un amigo que iba en estado de alta sobreexcitación nerviosa. Había sufrido una reprimenda, pretendía él que injusta, de parte del jefe de la oficina donde trabajaba. Luego había estado esperando el tranvía en una esquina, y como el tranvía no acababa de llegar, y se le hacía insoportable aguardarlo inmóvil allí, había echado a andar, para tomarlo cuando lo alcanzase.

—¡Ya he caminado seis cuadras —nos dijo agitando los brazos en el aire— y el tranvía no llega!

Se nos ocurrió pensar lo que podría suceder si el tranvía llegase repleto y nuestro amigo se empeñase en subir. Muchas veces en un caso semejante, hay un incidente entre guarda y pasajero. El uno viene renegando porque dos veces, con intervalo de pocos minutos, una chata cargada hasta la altura de un primer piso, se le interpuso delante del coche. El otro está renegando porque el tranvía no llegaba. Ninguno de los dos se encuentra en estado de atender razones, y el incidente sobreviene por sí solo.

También se nos ocurrió pensar lo que hubiera sucedido si las cosas, en lugar de ser al regreso de la oficina, fuesen a la ida, y si nuestro amigo, en lugar de ser el subordinado, hubiera sido el jefe. Seguramente algún empleado o algún ordenanza hubiera sufrido alguna injusta reprimenda de parte de nuestro amigo.

La intensidad de la vida y el trabajo agotan nerviosamente a las personas, y les impide conducirse con serenidad o con entereza ante todas las contrariedades pequeñas o grandes de que la existencia está plagada. De ahí tantos incidentes, domésticos, callejeros y de todo orden, que van a epilogarse en la comisaría o en el Palacio de Justicia, y que, comparadas sus consecuencias con el motivo en sí, parecen inexplicables.

HAY QUE CONSERVAR EL BUEN HUMOR



El Sheriff.—¿Tiene usted algo que encomendarnos para sus deudos?
El jefe rebelde.—Sí; haga avisar a mis acreedores, que debido a una pequeña carraspera no me es posible cumplir debidamente con mis compromisos.

En la ciudad moderna, sobre todo en ella, son innumerables los desequilibrados nerviosos. Los hombres de ciencia empiezan a creer que esto no es menos grave que la tuberculosis y otras enfermedades infecto-contagiosas de que se ocupa la profilaxis social. Y así como se ha organizado la profilaxis de esas enfermedades, se está organizando la de las enfermedades nerviosas.

Si el público se divirtiese, claro está que sin incurrir en excesos contraproducentes, puesta hasta el agua hace daño si se bebe con demasía, y si las autoridades asignasen a las diversiones públicas la importancia social que realmente tienen, habría menos tiros, menos puñaladas, menos criminales ocasionales, menos altercados domésticos, menos incidentes callejeros, menos suicidios, y los manicomios y las cárceles estarían menos poblados, y los despachos de bebidas se verían menos concurridos.

Pero en Buenos Aires, pues principalmente a ella nos referimos, la gente se divierte poco. ¿Es acaso divertirse ir al cinematógrafo a experimentar las emociones de un film truculento, o ir a un café a ingerir bebidas alcohólicas o infusiones excitantes y calentarse la cabeza discutiendo sobre política?

El dinero gastado en diversiones no está mal gastado. Todo depende de la cantidad del uno y del género de las otras. Un jefe de familia que en lugar de encerrarse en su casa con el malhumor acumulado durante el día o durante la semana, sale a divertirse con su mujer y sus hijos, seguramente irá ganando más de lo que gaste. Si todos vuelven a casa más contentos, y si aquella noche duermen más profundamente, y al otro día se despiertan más animosos, claro que han ganado.

La intervención de ciertos elementos, y el carácter que asumen en ciertos lugares, es causa de que las fiestas de carnaval suelan ser consideradas con reserva. Pero ocuparnos de esto sería ocuparnos del carnaval en particular, cuando la cuestión son las diversiones en general. En todo caso, esas fiestas no llenan el año. Después del Carnaval habrá todavía cerca de sesenta días de fiesta. Si el público no se divierte bastante, con carnaval o sin él, no será por falta de ocasiones, sino por falta de iniciativa suya y de las autoridades.

Sesenta millas de libros puestos de canto

La Biblioteca del Museo Británico, con sus cinco millones de volúmenes impresos, se considera justamente como la biblioteca mayor del mundo. Para almacenar tanto libro se han necesitado sesenta millas (unos 115 kilómetros) de estantes.

Creada en 1573 ha crecido desde entonces de un modo enorme absorbiendo numerosas y ricas colecciones que, como la antigua real que constaba de 65.200 volúmenes, sin contar los folletos, la Grenville y otras variadísimas que contaban todo cuanto se ha escrito a partir de los milenarios papiros egipcios.

El catálogo, que es una árida lista alfabética de títulos y autores, es lo que mejor puede demostrar la estupenda magnitud de ese amasijo de libros. Consiste en 1.500 volúmenes en folio, gruesos, que apenas si pueden manejarse, colocados en ambos lados de una estantería que describe un arco de más de ochenta metros de longitud.

El salón de lectura es un patio magnífico con una cúpula de más de 30 metros de altura y 42 de diámetro. En su recinto caben holgadamente 500 lectores. Como la Biblioteca goza del privilegio de recibir obligadamente un volumen de cada obra publicada en Inglaterra, anualmente ingresan 100.000 volúmenes, lo cual ha obligado a buscar local donde ampliar sus instalaciones.

La hazaña de la nadadora argentina Lilian G. Harrison



La nadadora argentina Lilian G. Harrison, que ha realizado una extraordinaria prueba de natación, batiendo el "record" universal femenino de permanencia en el agua.



Componentes de la comisión del "raid": director de ruta, doctor Luis Argerich; director técnico, profesor Gunther Weber; médico, doctor Godofredo Grasso, y los señores Ebbecke, Bergstein y Katzenstein.



La señorita Harrison, saliendo del agua, después de haber realizado la travesía de Zárate al Tigre, en 21 horas y 20 minutos.



Nadadores, periodistas y parte del público que acudió a felicitar a la intrépida nadadora en el local del Club Náutico San Isidro.

Fots. Louzán

El baile de los aviadores en la Opera

Un grupo de bailarinas que tomaron parte en el baile de los aviadores realizado con buen éxito en el teatro de la Opera.



El palco ocupado por los miembros del jurado.



La feliz pareja proclamada para regir la fiesta, rodeada de los miembros del jurado y algunos de los concurrentes.



Una de las bailarinas que llamó justamente la atención por lo original de su traje.

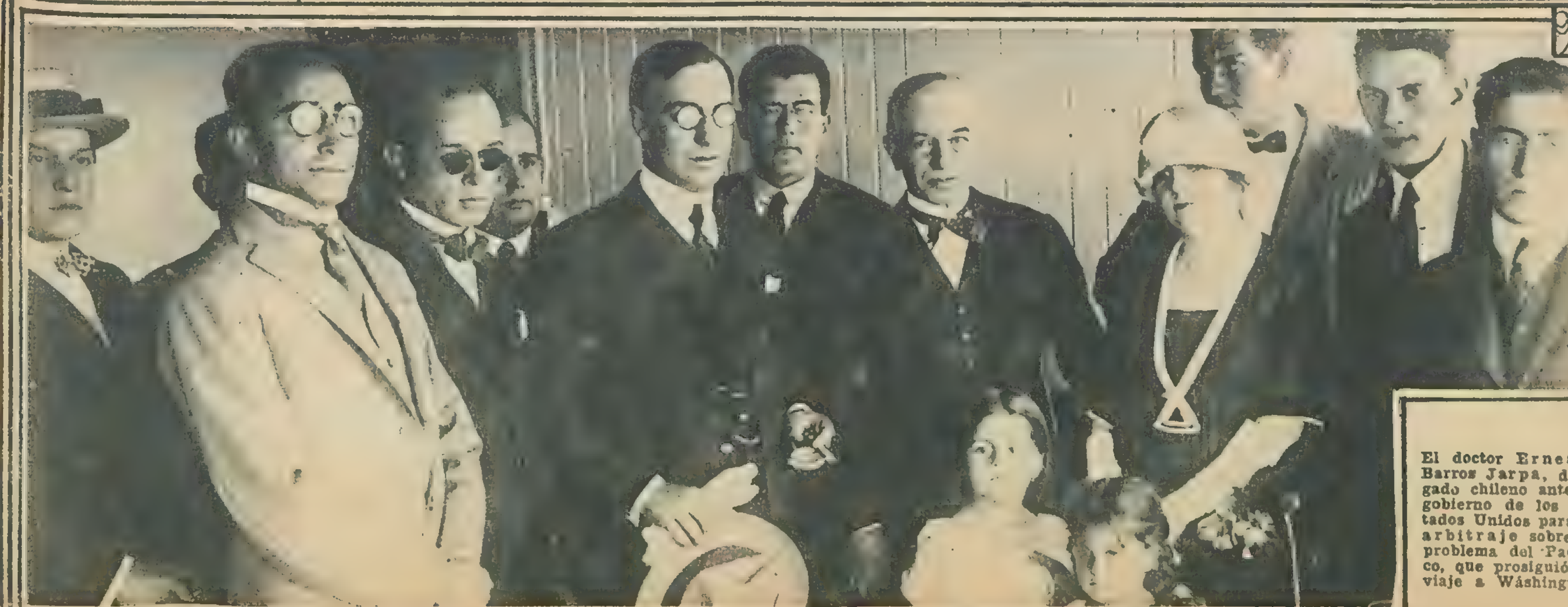
La partida del "Southern Cross". Tres viajeros conocidos



El campeón sudamericano de box Luis Angel Firpo, rodeado de un grupo de amigos, momentos antes de embarcarse con rumbo a los Estados Unidos, en donde se medirá con Bill Brennan y posiblemente con el campeón de todos los pesos Jack Dempsey.



El doctor Alfredo L. Palacios, que partió con destino a Méjico, correspondiendo a la invitación de la Universidad de ese país, y en el cual representará la Facultad de Ciencias Económicas, de ésta.



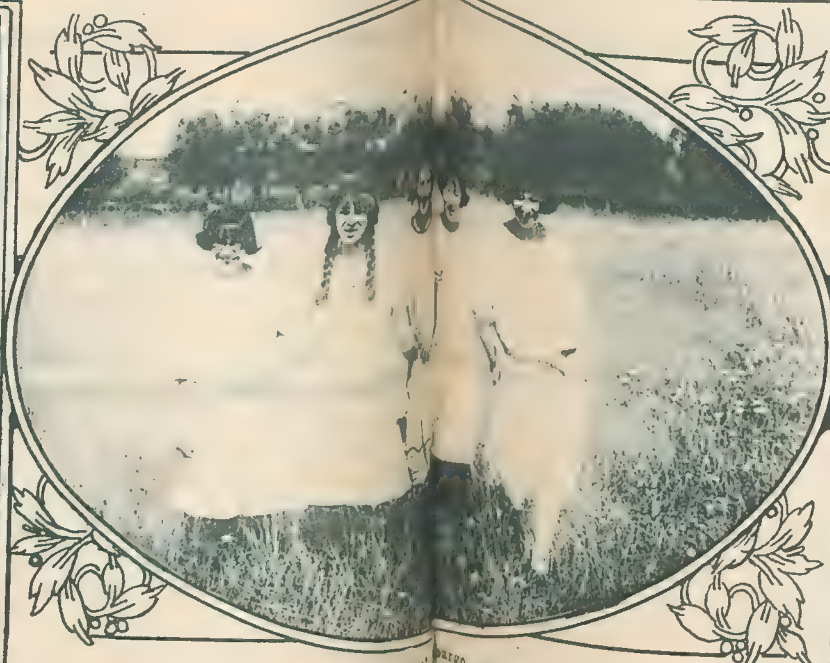
El doctor Ernesto Barros Jarpa, delegado chileno ante el gobierno de los Estados Unidos para el arbitraje sobre el problema del Pacífico, que prosiguió su viaje a Wáshington.

Fots. Louzán.

Escenas pintorescas de la vida que llevan las [illegible]uchachas que saben aprovechar sus vacaciones



Junto al jagüel, y a la sombra de los verdes árboles. Grupo de encantadoras chicas "cimarroneando", mientras les llega el turno de realizar su "vueltita" en ancas del dócil "pingo".



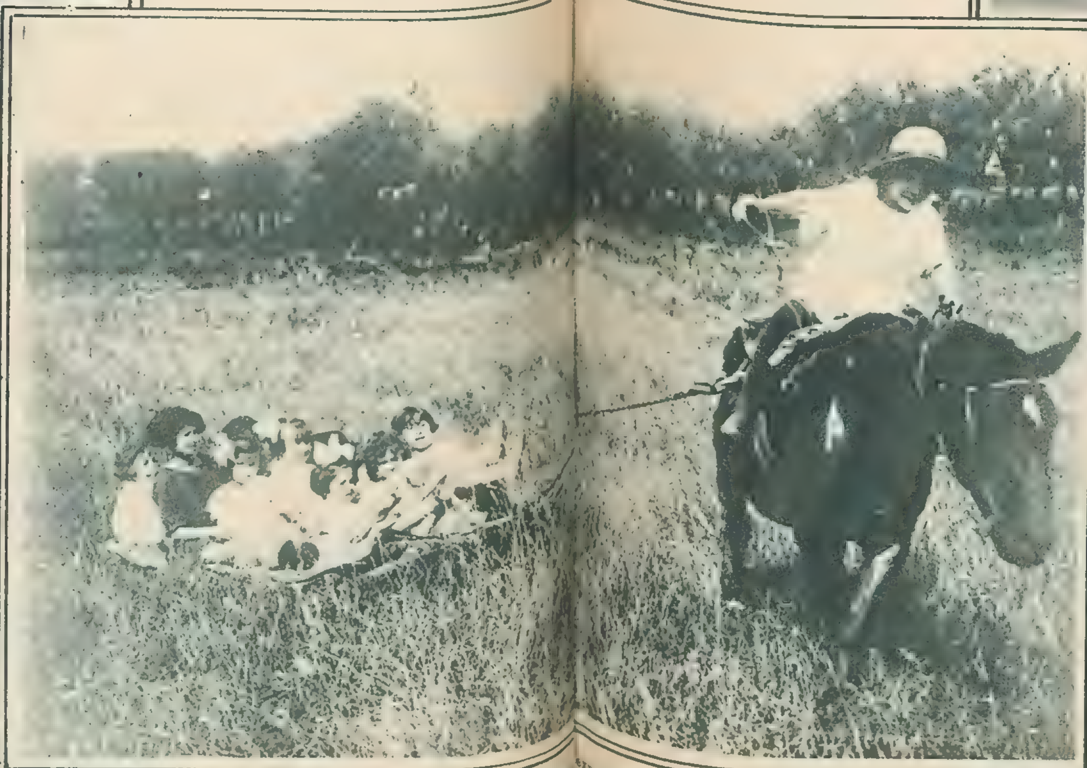
¡Lástima que sean tan cortas las vacaciones! [illegible]argo, es posible que el sol y el buen aire campesinos las tornarán a la ciudad rozagantes... para satisfacción de los incipientes galan[illegible]



¡Hasta los hombres en ciernes tienen la intuición de la galantería!... Decididamente, en muchas ocasiones convendría pertenecer al bello sexo—por fea que se fuese—porque es indudable que a las mujeres corresponde siempre la mejor parte de todas las cosas.



Una mamá que por no ser menos que sus niñas, se toma también unas vacaciones que a buen seguro le sentarán a maravillas, predisponiéndola para las luchas del resto del año.



En pleno contacto con la naturaleza, dando al esp[illegible] expansiones que reclama ya la edad, los goces que le corresponden, no hay duda que se pued[illegible] [illegible]jos sanos. Ved sino la satisfacción con que esta niñita lleva a la rastra un puñado de am[illegible] [illegible]e, sin duda, no son menos felices que ella.



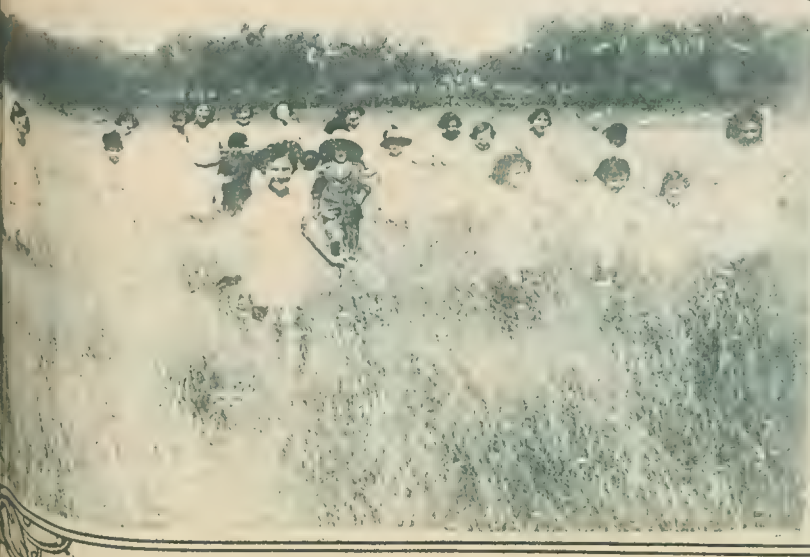
Una "piba" que es un jinete consumado. Montada en su "petizo" favorito recorre el campo haciendo mil cabriolas que ponen su vida en un tris y que llenan de inquietud a cuantos la ven tan intrépida.



No siempre los juegos son un estímulo y una satisfacción para los sentidos. Alternando aquéllos con las rústicas faenas del campo, es indudable que se goza más.



Otra prueba de que el trabajo es otra de las expansiones de la vida. Para estas chicas el traba[illegible] —acaso porque no les es obligado—constituye un nuevo "juego" de su programa.



[illegible] caída de la tarde, cuando el sol comienza a ocultarse y el ambiente caldeado se refresca, las carreras a campo traviesa entrañan un ejercicio saludable y halagador.



¿A dónde ir? ¡Quién sabe!... Acaso a la estación, a depositar en el correo una carta escrita a escondidas, o a ver si ha llegado otra... con buenas noticias... ¡Ah, por qué durarán tanto las vacaciones!

Fot. Louzán.

Regatas internas del Club Hispano Argentino



Señores J. Carvallo, N. Holm, J. A. Fernández, M. Fernández, C. Rhese, L. Bourdieux, T. Cerrutti, J. A. Alles y P. Alles, ganadores de la prueba de 1.500 metros, premio "Copa Club Español".



Señores J. A. Champión, C. Micheli, C. Liberta, J. Barandica y A. Molinos, a quienes correspondió el triunfo en la carrera de 800 metros, premio "Capitán".



Los ganadores del premio "Presidente", carrera de 1.200 metros, señores A. Leber, F. González, T. Cerrutti, L. Murman, P. Alles y J. A. Alles.





Familias que asistieron al desarrollo de las regatas, efectuadas en el Río Luján.

Fots. Lanzón

realizadas en el Tigre con buen éxito



Señor León Bourdieux, ganador del premio "Copa Dr. Fernando Jardón", sobre la distancia de 1.000 metros.



Los ganadores de la carrera de 1.000 metros, premio "Comisión Directiva": señores F. Moscatelli, A. Ochoa, V. Tolosa, J. Chillo y A. Leber.



Grupo de damas en los jardines del "Club Hispano Argentino", siguiendo el desarrollo de las distintas pruebas disputadas.





ITALIA. — Equipos italiano y alemán que intervinieron en el match internacional de football realizado en Milán ante una inmensa multitud de espectadores y cuyo triunfo correspondió una vez más a los italianos, que vencieron por 3 a 1.

Fots. Louzán y Correggiari.

Información gráfica de Rosario y Resistencia

ROSARIO



Enlace de la señorita Mapi Adalín con el señor Néstor Ongay. Los novios, momentos después de realizada la ceremonia.



Las nuevas profesoras de música durante un concierto realizado en el Conservatorio Donizetti.



La señorita Rosa Candia y el señor Enrique Lubatti, que contrajeron enlace últimamente.



Conscriptos de la clase de 1902, recientemente incorporados, comiendo el primer "rancho".



Los nuevos conscriptos en el puerto, momentos antes de emprender el viaje para incorporarse a los regimientos del interior a que fueron designados.

RESISTENCIA (Chaco)



Team de 1.ª división del Club Atlético "Sarmiento", campeón de 1920, 1921 y 1922.



Componentes del equipo de 2.ª división del mismo club, ganador del campeonato de 1922.

Fots. Martín y Vía.

Elogio de las manos

En el cuerpo humano, nada hay tan expresivo, tan sintético, tan revelador como las manos. Más que los ojos y desde luego mucho más que la nariz o que las pantorrillas, las manos demuestran no sólo nuestra idiosincrasia y nuestro temperamento, sino hasta los más vagos estados de nuestro espíritu, incluso el sueño que es el más vago de todos. Si la cara es el espejo del alma, las manos son los anteojos del corazón.

Sin embargo, nunca hemos sentido mucha fe por la quiromancia, que es el arte de adivinar el porvenir por las rayas de las manos; pero muy especialmente le perdimos la confianza desde el día en que un amigo nos contó que cierta vez una gitana, después de examinarle atentamente las líneas palmares le pronosticó que haría en seguida un viaje y que conseguiría una gran cruz; y, en efecto, el amigo, sugestionado por el delirio de grandezas, tomó un pasaje para Europa en cuanto pudo y volvió casado con una bailarina inglesa más fría que una cassata y más voluble que un receptor radiotelefónico, encontrando así en el matrimonio la gran cruz que le habían anunciado por las rayas de la mano.

Pero dejando el rayado para el queso (y disimúlese la ortografía) hay que reconocer que las manos tienen la virtud de decir con toda claridad lo que por otros medios no puede uno manifestar debidamente. Por ejemplo, en una discusión acalorada, llega un momento en que las ideas nos traicionan, las palabras no acuden, la voz se enronquece y entonces, cuando estamos a punto de perder la partida, encontramos en las manos el supremo argumento y ¡zas! a la primera premisa le hacemos callar al adversario y a veces hasta se le deja dormido.

Las manos de los enamorados son de una elocuencia maravillosa y reemplazan a las palabras casi por completo, especialmente en sitios como el cine donde no puede hablarse en voz alta.

Los oradores hacen también gran uso de los manos y les son tan indispensables que nadie puede imaginar el éxito de un tribuno manco.

No sé qué filósofo ha dicho que la humanidad le debe sus progresos al prodigio de las manos. En efecto, son ellas las que diferencian al hombre de los demás animales, pues dentro de la escala zoológica no hay ninguno que posea esos admirables instrumentos que permiten hacer las cosas más variadas y extraordinarias. Y no nombramos a los monos, porque nunca nos ha gustado ponderar las virtudes de la familia. La modestia ante todo.

La inteligencia del hombre ha podido desarrollarse como ninguna otra, gracias a la circunstancia de haber podido transformar las cosas y participar activamente en las manifestaciones del mundo, por medio de sus manos. En efecto, cuando el hombre pudo tomar una piedra y partirla en dos pedazos e ir subdividiendo luego cada uno de ellos en otros, nació en su mente la idea de la numeración, muy difícil de concebir en otra forma. Así nacieron las matemáticas.

El hombre primitivo caminaba siempre con un fuerte garrote que le servía para mantenerse en la actitud bípeda que acaba de conquistar, a fin de hacer mejor uso de sus manos y golpeando las cosas con ese as de bastos les arrancaba vibraciones distintas que le permitieron establecer comparación entre ellas, graduarlas, combinarlas y producir escalas y acordes. Ese fué sin duda el origen de la música.

Así ocurrió necesariamente con todos los demás conocimientos. En cualquier actividad podemos irnos remontando hasta encontrar su rudimento en una actividad manual.

Hoy las manos del hombre han llegado a un grado de progreso incalculable, hasta constituir el más preciado tesoro de la humanidad. La mayor parte de las cosas se relacionan directamente con las manos y es así que a un tipo aprovechado se le llama "mano larga"; al que se libra de la esclavitud, manumitido; al incapaz de administrar sus propios intereses, manirroto (si son los públicos, Salaberry); al que está privado de libertad, maniatado; a la mujer que se toma libertades con las manos, manicura, y al que hace cosas disparatadas, maniático. La suprema función de la vida, que es alimentarse, se denomina justamente manutención y se designa con la palabra manicomio el sitio donde se encierra a los locos, para dar a entender que comerse las manos es la mayor prueba de insanía.

Las manos son la síntesis de todas las actividades del hombre, porque después de todo la vida no consiste en definitiva más que en hacer cosas y todo se hace con las manos.

Desgraciadamente, esos instrumentos digitados sirven para todo, para lo bueno y para lo malo, pues es justo consignar que si con las manos se hacen esos exquisitos postres que tanto bien deparan a la armonía conyugal, con ellas también se cometen los crímenes más horrendos y se firman documentos usurarios que son baldón para la humanidad.

La naturaleza previsora que no ha podido librar a nuestros más preciados órganos de toda clase de enfermedades peligrosas, ha comprendido que las manos era indispensable resguardarlas debidamente y así resulta que es la única parte de nuestro organismo que no se enferma nunca. Alguien me citará los sabañones, pero hay que tener en cuenta su origen estimulante y altamente beneficioso.

Cuenta una leyenda persa que durante el reinado de Acastes se desarrolló en el país una terrible epidemia de haraganería, algo así como una huelga general de brazos caídos o un auge de la Defensa Agrícola. Como fueran inútiles los esfuerzos realizados para promover la actividad de sus súbditos, el rey llamó a consejo a todos los sabios de aquellos contornos y después de muchos proyectos y largas discusiones, un boticario presentó unos polvos que producían una picazón inaguantable y que colocados en las manos de los haraganes los desasosegaban y ponían inmediatamente en movimiento. Se ensayó con extraordinario éxito el remedio, pero aún no han podido extinguirse por completo ni los sabañones ni los haraganes. Con todo, es una dolencia que sólo dura unos meses y que no mata a nadie.

En fin, las manos constituyen el vehículo indispensable para expresar por la escritura nuestras ideas y sentimientos. Sin ellas, permanecerían en la obscuridad tantas grandes obras maestras que hoy deleitan nuestro espíritu. Y sin manos, no hay caso de hacer nada bueno, como puede advertirse observando las obras de los que escriben con los pies.

¿Se imaginan ustedes lo qué hubiera sido la obra del célebre Manco de Lepanto, si Dios le hubiera dado una mano más?

MONO SABIO.

La electricidad es mucho más barata que el vapor en Noruega, por la gran abundancia de cascadas y torrentes que hay en todas sus regiones.

Según las deducciones de un conocido astrónomo, recibimos del sol una luz igual a la que podrían emitir 680.000 lunas llenas.

La página de las curiosidades

El frío se reparte a domicilio en los Estados Unidos por medio de grandes centrales y canalizaciones, lo mismo que el gas y la electricidad.

Las grutas que se encuentran aún en el alto Egipto, son tan espaciosas que en su interior pueden formarse cómodamente 600 caballos de batalla en línea de combate.

Inglaterra es el país donde se usan más fósforos en el mundo. Se ha calculado que los ingleses gastan, por término medio, ocho fósforos diarios cada uno.

La policía de Noruega impone el trabajo forzoso a todo hombre sano que se obstina en vagar. Si el holgazán abandona el trabajo designado, las autoridades le conducen a una prisión correccional, por un período de diez y ocho meses.

Durante el servicio activo cada soldado inglés lleva una ración complementaria de jugo de carne y una pasta de cacao, cuyo uso se prohibe sin orden del oficial.

Una invención alemana permite reemplazar el pelo natural por seda convenientemente teñida, según los casos.

Para los lectores de "Mundo Argentino" que hayan olvidado a qué se llaman las Siete maravillas del mundo, las recordamos aquí:

1.—El coloso de Rodas, tan grande, que por entre sus piernas pasan los navíos.
2.—El sepulcro de Mausolo, rey de Caria, construído por la inconsolable Artemisa, su mujer.
3.—Las pirámides de Egipto.
4.—El templo de Diana en Efeso, quemado por Eróstrato para inmortalizarse.
5.—La estatua de Júpiter Olímpico esculpida por Fidias en oro y marfil.
6.—Las murallas de Babilonia y sus célebres jardines.
7.—El famoso laberinto a orillas del lago Meris en Egipto.

Un oso polar puede seguir a un buque, valiéndose del olfato, hasta siete millas de distancia.

Los glaciers groenlandeses alcanzan una superficie de un millón de metros cuadrados.

Cuando en Holanda no se pagan los impuestos, las autoridades envían dos soldados para que vivan a expensas del contribuyente hasta que pague lo que debe.

Entre los avisos más originales aparecidos en los diarios, se publicó uno por una señora riquísima de Filadelfia, pidiendo un dedo pulgar y ofreciendo una fuerte suma por él.

Cierta avara famosa de nuestros tiempos, tiene el hábito de dormir de día para vigilar de noche su tesoro. A pesar de la precaución acaban de robarle 10.000 francos, sin que a nadie se le ocurra compadecerla.

Los niños coristas de la capilla de San Jorge en el castillo de Windsor, tienen el derecho, por una vieja costumbre de pedir cinco chelines a todo militar que se halle presente en la iglesia.

La clara de huevo es muy nutritiva y debe darse en abundancia a las personas delicadas, batida y mezclada con un poco de café.

Algunos médicos se ocupan actualmente de la cuestión de cómo se hacen las camas, pues creen que de esto dependen muchas enfermedades.

La moneda de los mineros de Nevada City, consistía en polvos de oro, con el cual pagaban todos los artículos que compraban.

El devocionario que llevó al patíbulo el infortunado Carlos I se vendió en Londres en el año 1825 por 2.625 francos.

Cuando se compran manzanas deben elegirse las más pesadas, porque son las mejores, y también las que al ser oprimidas con el dedo pulgar, producen un ligero chasquido.

Del cuerpo de vigilancia del Louvre, de París, forma parte una jauría de perros de guarda.

Los naturalistas distinguen, nada menos, que mil ochocientas especies de lagartos.

En las habitaciones claras no entran los mosquitos. Al revés de la mosca, estos animalitos prefieren los sitios obscuros y húmedos.

Una planta musical críase en la Nubia. Pertenece a la familia de las acacias y cuando sopla el viento produce sonidos armoniosos.

En las islas del Pacífico los naturales emplean para alumbrarse la "nuez-bujía", fruta que arde sin olor y sin humo, dando luz muy brillante.

Vamos a ver...

VANIDOSO.—Tengo en mi finca un oso excepcional con el que se entretienen mis chicos horas y horas.

—Pues yo, en mi finca, tengo uno mucho mejor; no sólo entretiene a mis hijos, sino que les enseña: dice usted dos cantidades y contesta dando la suma.

FASCISMO



—Voy a dar una sorpresa a papá, a quien regocijó mucho el éxito de Mussolini. Seremos "camisas negras"

COSAS DE IDIOTEZ.—Idiótez se ha ido a vivir a Alemania. Hace dos meses lo encontramos en Berlín y nos dijo desconsolado:

—No he visto gente más torpe que los alemanes. Llevo un año aquí y aun no he logrado que me entiendan en castellano, que es un idioma tan fácil.

ENTRE AMIGOS. — Desengáñate; Bacon estuvo muy acertado cuando dijo de las mujeres: "Las mujeres son, cuando jóvenes nuestras novias; en la edad madura nuestras compañeras; en la vejez nuestras enfermeras, y en todo tiempo nuestras amigas".

—¡Cómo se conoce que Bacon no tuvo que vivir con la mía!...

HIJO DE NATURALISTA.—Decía Rivarol del hijo, nada inteligente, del célebre naturalista Buffon:

—Es el peor capítulo de la Historia Natural de su padre.

ORADOR PROFUNDO



"Señoras: el divorcio no sería deseable si ustedes tuvieran el acierto de dejar a los hombres oportunamente viudos."

DEFINICION. — Alguien ha dicho definiendo al poeta:

"El poeta es un hombre capaz de vencer todas las dificultades, menos las de ganar para vivir.

¿MAL OFICIO?—Decía un juez a un aficionado vehemente a apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño:

—Has sido demasiado torpe al elegir un oficio tan malo como el de ladrón.

—Mal oficio no es, señor juez. Lo que es que la policía lo hace malo, por su afición de no dejarme en paz.

UN BUEN ORADOR.—Mi papá habla muy a menudo en los mitins.

—¡Embustero! Nunca sale en los diarios lo que dice.

—¡Ah, sí! ¡Cómo no! Ya lo creo que sale en los diarios. Es el que hace de "una voz".

PREVISION



—El verano lo estamos pasando mal aquí. Pero atesoramos calor para el invierno.

FILOSOFIA.—Preguntado un filósofo, por qué le gustaba ir a comer a los restaurants con música, contestó:

—Porque unas veces la música me hace olvidar la comida, y otras la comida me hace olvidar la música.

PROBLEMA TEOLOGICO. — Un obispo recibió repetidas quejas de ciertos feligreses que aseguraban que el cura era muy ignorante.

El prelado llamó al cura:

—Siéntese usted—le dijo.

El cura empezó a disculparse asegurando que no se sentaría mientras su ilustrísima permaneciera en pie.

—Siéntese—insistió el obispo. — En cuanto a mí, estoy en mi casa y hago lo que me place.

El cura se sentó. El obispo siguiendo en sus paseos empezó a interrogarle:

—¿Dónde estaba Dios antes de crear el mundo?

—En su casa.

—¿Y qué hacía en su casa?

—Supongo que haría como monseñor, aquello que le placía.

LAS AMIGAS



—Esta Alicia tiene una lengua perversa.

—Tan perversa, que habla fácilmente el alemán y el ruso.

DIGNIDAD.—Si el patrón no retira lo que me ha dicho—dice el empleado al jefe de oficina—no volveré más a esta casa.

—¿Y qué le ha dicho el patrón para que tome esa decisión?

—Pues me dijo: "Queda usted despedido".

DISCUTIENDO. — Todo lo que dices son patrañas.

—Cuando las estudies verás que no. Yo creo en la metempsícosis. Mi alma irá a ocupar, después de mi muerte, el cuerpo de una bestia.

—Para eso, no hace falta que mueras.

EL ILUSO.—¿Y tú crees en la felicidad?

—¡Claro que creo!

—Eres un iluso. ¡Cómo se conoce que no estás casado!

BUEN MAESTRO



—Si usted me hace caso, señorita, y sigue mi método jamás verá una arruga en su cara.

GASTO INTELIGENTE.—¿Cómo a ti, que eres tan tacaño, se te ha ocurrido comprarte ese anillo tan espléndido?

—Porque así, por lucirlo, no tendré que comprar guantes en toda la vida.

EN EXAMEN.—¿Qué ocurre cuando se quebranta uno de los mandamientos de la ley de Dios.

—Pues... que no quedan más que nueve.

CONSEJO.—Yo que te conozco puedo darte un consejo, y si lo sigues harás feliz a tu novia.

—Habla.

—Pues que no te cases con ella.

CORRIGIENDO.—No sé cómo empezar esta carta. ¿Qué te parece, "Mi querido y dignísimo maestro"?

—No, hombre, a un pillo como ese no se le dice semejante cosa. Pon sencillamente: "apreciable compañero".

DUDA.—¿Cómo está tu amigo Arturo?

—Por fin dejó de sufrir.

—¿Quién murió, él o su mujer?

PROPINA EN RELACION



—¿Qué propina ha de dársele al ojeador?
—Eso depende, amigo mío, de la herida que le hagamos.

PROBLEMA DE VERANO.—¿Por qué estás tan pensativa?

—Porque me preocupa hondamente un dilema. Si me compro la ropa que me gusta, no me quedará dinero para ir a Mar del Plata, y si no tengo ropa que mostrar, ¿para qué voy a ir?

PARA ABREVIAR.—El profesor de música me asegura que mi hija tiene una fortuna en la garganta.

—Pues yo que tú le daría en seguida un vomitivo.

ENTRE AMIGOS.—¿Pero es verdad que anoche quedó entusiasmada la gente que fué a oír la conferencia de Pérez?

—¡Claro, hombre! Figúrate que, al llegar la hora, el presidente del Ateneo dijo que Pérez se veía imposibilitado de concurrir por estar su mujer muy enferma.

—¿Y qué hizo el público?

—Aplaudir entusiasmado gritando: ¡Viva la mujer de Pérez!

APROVECHANDO.—¡Caramba! No recuerdo haberme despertado nunca con tanta alegría.

—Entonces, esposo mío, acompáñame a lo de la modista.

DE DISTINTA OPINION



—Me parece usted la más bonita de las mujeres.

—Pues no soy de su opinión. A mí no me parece usted el más bonito de los hombres.

CONMISERACION.—¡Pobre hombre! Los nervios le hacen sufrir horriblemente.

—¡Qué exagerado eres! ¡Si ese hombre no tiene nervios!...

—El no; pero los tiene su mujer.

UNA DUDA.—La sobrina de Voltaire, madama Denis, era muy fea, tanto que encontrándose un día en casa con su marido, antes de hacerse la "toilette", y habiendo penetrado hasta el aposento conyugal un aldeano que iba a pagar un arrendamiento, preguntó con toda candidez:

—Señores, ¿cuál de ustedes dos es la señora?

IDIOMA UNIVERSAL.—Mi hermano está estudiando francés y cuando precisa algo en la mesa, lo dice en francés.

—¿Y vos lo entendés?

—¡Y claro, hombre! Lo entendemos todos perfectamente, porque, al mismo tiempo, apunta con el dedo.

COSAS DE AMARRETE



—¿A quién más invito?
—Creo que lo más acertado será invitar a aquellos que no han de venir. Es lo más económico.

EN LA OFICINA.—El jefe, que está de un humor endiablado, pregunta:

—¿Quién fué el animal que le mandó poner ahí esos papeles?

—Usted, señor.

—Bueno, entonces, déjelos no más. ¡Ah! Y queda suspendido ocho días por haberme llamado animal.

RESIGNACION. — El médico dice al enfermo:

—Creo que sería conveniente una consulta.

—Bueno, doctor, le autorizo para buscar todos los cómplices que quiera.

CONFORMIDAD HUMANA

La mitad de los humanos y casi la otra mitad son unos hermosos calabacines en vinagre. Es muy difícil encontrar un ser feliz y no entra en el terreno de lo fácilmente posible que ningún hombre procure serlo con los medios de que dispone.

El sábado tuve que ir no sé para qué a una estación, y como suelo observar lo que a mi alrededor ocurre me dió por analizar los tipos que pasaban a mi lado y por apuntar lo que decían.

—¡Ah!—oí decir a un viajero rico que había tomado un reservado. Viajar así es incómodo y ridículo. ¡Si siquiera fuera bastante rico para disponer de un tren especial sólo para mí! ..

De boca de un viajero de primera escuché:

—Bien se va en primera, pero va uno a ratos molesto. ¿Por qué no podré tomar un reservado?

Otro de segunda, clamó, al ver acomodarse al quejumbroso de primera:

—¡Qué desgracia no poder ir como ese, y no en segunda donde son los asientos tan duros!...

Y uno que debía quedarse en Buenos Aires y que sólo fué a la estación para despedir a un amigo, gimió:

—¡Oh! ¡Qué pena no poder viajar siquiera en el furgón entre los equipajes!

Y salimos del andén pensando en cómo se hacen desgraciados todos los hombres por gusto y sentimos deseos de gritar.

—¡Oh, mentecatos, calabacines en vinagre! ¡Qué lástima que no descarrile este tren y os lleve a un desierto inhabitable para que veais lo que es bueno!

DEFINICION.—¿Qué es el deber?
—Lo que se exige de los demás.

IRONIA. — Yo — grita la mujer — nunca hablo de mis virtudes.

—Y haces bien, esposa mía. Te verías en gran aprieto para poder justificar el plural.

DISCULPAS DE JEFE. — Dígame, señor jefe, si los trenes llegan siempre con retraso, ¿para qué quieren ustedes los horarios?

—Pero, caballero, comprenda que si no fuera por los horarios, no sabríamos a punto fijo el retraso que traen los trenes!

Las comunicaciones se están haciendo demasiado fáciles

Me tienen preocupado los proyectos de comunicación aérea entre Europa y América.

Las comunicaciones se están haciendo demasiado fáciles. Ya no se necesitan hilos para hablar por teléfono. Basta tener gana de hablar. Si mañana quedan establecidas las comunicaciones aéreas con Europa, pronto será tan fácil ir a Monte Carlo como a la Colonia.

Todos nosotros hemos planteado nuestros negocios partiendo de la premisa de que el viaje a Europa, a pesar de los esfuerzos de las compañías de navegación, es largo y engorroso. Si mi vecina la planchadora ha puesto un taller de planchado, ha sido en la inteligencia de que no podríamos hacer como dicen que hacen los snobs de París, que mandan planchar sus camisas en Londres. Pero si se establecen las comunicaciones aéreas con Europa, los snobs de Buenos Aires querrán imitar a los de París.

Después de las comunicaciones aéreas intercontinentales y del teléfono sin hilos ¿qué faltaría por inventar? Un aparato traductor que colocado en los labios dijese all right, trés bien o sehr gut cuando nosotros decimos muy bien, para que los hombres de distinto idioma pudieran entenderse entre sí hablando cada cual el suyo. La máquina de calcular ya existe. Este funesto precedente es prenda de que inventarán ese aparato.

Según dicen, las razas se hicieron gracias al aislamiento de los grupos humanos. Si todos los hombres hubieran vivido juntos, no hubiera habido más que una sola raza. ¿A dónde irían a parar las razas con la facilidad de las comunicaciones? Al menor disgusto que un chino tenga con el gobierno de su país, dirá el chino: "Bueno, me mudo de tierra: este es un país de ladrones". Tomará su sombrero y su paraguas, y se irá al Perú. Y todos los descontentos de su país, el poeta argentino cuyos versos haya desdeñado el público, el político desahuciado por los electores, todos los que crean tener el derecho de decir que nadie es profeta en su tierra, harán lo que el chino; tomarán su sombrero y su paraguas, y dirán: "Caballeros, buenas tardes". Y se irán al gran ducado de Luxemburgo o a la República de Santo Domingo o al Estado Libre de Irlanda. O a las islas Malvinas.

Inútil será que los norteamericanos les prohiban a los japoneses la entrada en su territorio. Los japoneses les permitirán a ellos la entrada en el suyo, y lo que no se mezcle en los Estados Unidos se mezclará en el Japón. La olla será diferente, pero la mezcla será la misma.

Ya hay en Italia un general que se llama Díaz, y en Francia un estadista que se llama Viviani; en España tienen a Weyler, en Irlanda a de Valera, y todos los países tienen personajes que llevan apellido extranjero. Figurémonos lo qué será cuando para ir de Buenos Aires a Londres, o del Cabo de Buena Esperanza al Cabo de Hornos, no se necesite más que tomar el aeroplano o el dirigible. Pronto habrá en la República Argentina diputados que se llamen Sun-Yat-Sen, y en la China presidentes que se llamen Bellagamba, y en España primeros ministros que se llamen Kuropattkin o Mustafá Kemal.

Los que tienen el prurito o "berretín" de educar a sus hijos en el extranjero—y entonces lo tendrá todo el mundo—no perderán la ocasión de satisfacerlo. Los chicos del Rosario tomarán todas las mañanas el aeroplano, y se irán a Heidelberg o a Oxford o a Yale, y volverán por la tarde tan campantes. Y los chicos de Buenos Aires, en lugar de hacerse la rabona en el Parque de los Patricios o en el Jardín Zoológico, se la harán en San Francisco de California o en Los Angeles, o en Comodoro Rivadavia o en Marruecos.

La facilidad de las comunicaciones va a perturbar las cosas de tal manera, que todos vamos a quedar desorientados. Los que hoy fabrican salchichas de Francfort en Buenos Aires, se encontrarán un día con que sus salchichas no se venden. Claro, todo el mundo preferirá comprarlas en la misma Francfort ó comerlas allá mismo. ¿Qué negocio pongo?—dirán los salchicheros de Buenos Aires.... ¡Ecco il problema! Porque si se ponen a fabricar vino Barbera o queso de Holanda, les sucederá lo mismo que con las salchichas de Francfort.

Estábamos acostumbrados a la idea de que un individuo avecindado en Buenos Aires, Rosario o Montevideo no se movía fácilmente de allí. Buscábamos a una persona en tal parte como buscábamos una cosa en su sitio. Las costumbres, los negocios, las leyes, todo estaba sentado con arreglo a la relativa estabilidad de domicilio de las personas. ¡Imaginémonos el desconcierto de nuestras ideas cuando los hombres seamos bolas sin manija rodando por la superficie de la terrestre bola!

Enrique M. RUAS.



Tal como aparecen en la fotografía.



Tal como son en realidad.

Un buen sistema para conservar fresco y ligeramente perfumado el ambiente de una habitación, consiste en poner un tarro con unos cristales de amoníaco en sitio poco visible; sobre ellos se vierte un poco de agua Colonia, despidiendo la mezcla un aroma agradable y apenas perceptible.

Dos italianos fueron de Roma a París, viajando sólo de noche, en una especie de colchoneta de alambre que colgaban debajo de los vagones del ferrocarril cuando el tren se detenía en estaciones alumbradas.

De cada millón de habitantes de la Gran Bretaña, mueren de la viruela solamente 25 personas anualmente.

El paraíso de las ardillas

Si en París y Londres y aquí mismo los gorriones van impunemente por plazas y parques solicitando de los transeuntes un presente, en Nueva York o Wáshington son las ardillas las que desvergonzadamente se presentan en busca de una avellana o cualquier otra golosina parecida.

Gozando de la protección oficial, pues está severamente prohibido molestarles, estos graciosos animales han llegado a adquirir una audacia increíble. Desde que un paseante se instala en un banco, estos animalitos, desde la copa del árbol, saltan a tierra, acércanse al desconocido y quedan mirándole con gran desparpajo. Estos inteligentes roedores han llegado con el tiempo a adquirir una notable perspicacia fisiognómica. Si tienen razones para suponer que el caballero o dama, siguiendo las costumbres locales, lleva en su bolsillo o bolso golosinas como avellanas, nueces, etc., las desvergonzadas ardillas se atreven a saltar al banco esperando les den el regalito.

¡Cuántas veces se las ve registrando en los bolsillos de las gentes! Cuando encuentran lo que quieren, apártanse para comer, y una vez concluído el piscolabis vuelven a la carga. Estas ardillas son mayores que las de Europa y tienen un bonito pelaje muy tupido y de color gris plata.

El demostenesismo





IEN merece un retrato nuestro ámigo Domínguez. ¡Cómo no! Cualquiera lo tiene. Hasta los ladrones. No hay crónica de policía de diarín noticiero que no ponga en letras de molde el tamaño de su boca, el color de sus ojos, la dimensión de su talla, etc. Así pues, justo es que al contar el extraño caso de nuestro hombre, comencemos por presentarlo tal como era, pues ya no es en el mundo de los vivos.

Ramón Domínguez frisaría en los cuarenta años, según nuestras sospechas. Un metro setenta, de estatura. La cara redonda, la nariz roma, la inteligencia ausente de la mirada. La frente estrecha y las orejas largas. Bigote de mosquetero sobre el labio, como un guardián a la entrada de una caverna. Las piernas desproporcionadas, por pequeñas con el resto de la figura. El cogote largo, cual de cisne. Todo él, pues, con una apariencia de espantapájaros, que no de hombre, que su extrema delgadez contribuía a hacer aun más sensible. Parecía un palo vestido de hombre; así de mal quedaban las ropas sobre su cuerpo. Se le caían. Se suponía que dentro de las mangas no había brazos y bajo del chaleco y parte superior del pantalón faltaba barriga. Daba ganas de pinchar con el dedo aquel abdomen vacío, para cerciorarse de su vaciedad. Provocaba tomarlo del brazo, so pretexto de afabilidad, con el objeto de que el tacto confirmase lo que la vista sospechaba.

Domínguez era abogado, buen abogado, a lo que parecía. Al menos en el pueblo, y aun fuera de los límites del pueblo, tenía fama de tal . Cómo había obtenido el título, era cosa bastante digna de contarse con puntos y comas, pero dejemos su relato para otra ocasión y mejor pluma. Bástenos decir que Domínguez no había pisado aula alguna ni abierto nunca un código, o cosa que se le asemejara. Unas centenas de pesos oportunamente colocados en los bolsillos de cierto secretario de cierta Facultad de Jurisprudencia obraron el milagro. Después, el ejercicio de la profesión fué su maestro. "La práctica—decía campanudamente—la práctica es el mejor libro escrito hasta la fecha". Domínguez persignaba al más pintado jurisconsulto en eso de interpretar artículos de la ley. Nadie como él para atiborrar de ajilimójilis los "recursos" Ponía zancadillas de toda especie a sus contendores y les ganaba los juicios en un abrir y cerrar de ojos. Juez había que en recibiendo un escrito suyo, preguntaba al amanuense:

—¿Qué pide Domínguez?

Y luego que le leían el "pedido" y los "otro sí", accedía a todo, sin pararse en considerandos, seguro de que Domínguez tenía razón.

Domínguez solía pasearse por calles y plazas, a la hora del crepúsculo. Vestía jaqué negro y pantalón a rayas. Sobre la cabeza un hongo que debió ser negro en sus albores. Colgado de un brazo, cierto bejuquillo moceril. El pulgar de la siniestra en la bocamanga del chaleco. La frente en alto. La sonrisa pronta. ¡Era todo un espectáculo!

Las casaderas aparecían en puertas y ventanas, ávidas de mirarlo, gozosas de su presencia. Apenas pasaba, soltaban el chorro ¡qué chorro!, la catarata de sus burlas y sarcasmos. Pero Domínguez, ¡con qué olímpico gesto les respondía!

—¡Estas chicas—mascullaba—se pirran por mí!

Tal era. Muchas de ellas, casi todas, se reían de él, pero allá en sus adentros se hacían la ilusión de que algún día las enamoraría. ¡Qué diablo! Domínguez era feo, y ridículo si se quiere, pero constituía lo que en las sociedades lugareñas se conoce con el nombre de un "buen partido". Abogado, con algunos pesos y muchos pleitos, el solterón merecía cualquier sacrificio de la estética.

Lo más importante, lo que más llamaba la atención en Domínguez era su voz. ¡Qué voz! El mugido de un buey. El murmullo del bosque. El paso del aquilón. El trueno que retumba a la distancia. El eco de la selva. El rugido del león en la selva. De todo eso, y aun de mucho más, había en las inflexiones de su garganta. Nadie podía comprender cómo semejante voz salía de tan flaca catadura. Quienes, los que no le conocían, creían, al oirle por primera vez, que una persona se hallaba tras de él, y a efecto de deshacer el engaño, con muy poco disimulo, daban la vuelta, hasta ponerse a sus espaldas. Pero nada. Aquella voz era su voz.

En todas partes se hablaba del asunto. No había tertulia en que no se discutiera la cosa. Unos daban explicaciones ilógicas, otros cuerdas; mas nadie acertaba. Una señora de buen humor resumió, concretó sus pensamientos y los ajenos en esta frase lapidaria:

—¡Ese hombre se ha tragado un fonógrafo!

¿Habrá que decir que la voz era la debilidad, el lado flaco de Domínguez? Domínguez, por la voz, sentíase superior al resto de los mortales. Parado ante el espejo, dábase a recitar trozos escogidos de Bossuet, que era el orador de sus preferencias. De cuando en cuando declamaba también odas de Quintana, de los tiempos pasados, o de Chocano de los tiempos presentes; poetas ambos que a Domínguez se le antojaban sublimes, como que son nada más que oradores en verso. Y se miraba hablar, cual si pretendiera mirarse la voz. Y se aplaudía, se felicitaba, se admiraba él mismo.

Un día concibió la idea de que con tamaña voz sería un buen émulo de Castelar. Es decir, superior a Castelar. Castelar, según las crónicas, tenía voz de flauta; él, de trombón. Si un admirable escritor había llamado a Castelar "tambor mayor del siglo XIX", a él ¿qué le hubiera llamado? No habría podido encontrar, es seguro, instrumento con que compararlo.

Sucedió que un día se anunció en el pueblo la llegada del gobernador de la provincia. Todo el mundo se aprestó a homenajearlo. Las autoridades organizaron una manifestación que debía acompañar al ilustre viajero desde la estación hasta la residencia que se le había preparado. Unos cuantos oradores, quizá sumarían una docena, fueron encargados de manifestarle el júbilo del pueblo. Domínguez, no bien lo supo, destapó un tintero, metió en él una pluma y púsose a garrapatear unos papeles.

"Señores: Uno de los más grandes favores que la Providencia nos ha deparado, lo es la visita del insigne político que con sano patriotismo y noble desinterés rige los destinos de la provincia. Que los hombres abran lo más que puedan sus brazos para estrecharlo entre ellos, y las mujeres, nuestras mujeres, encarnaciones de la Diosa Belleza, honra y prez de la raza, desprendan sus mejores rosas, aunque sean las de sus mejillas, para adornar las solapas del íntegro ciudadano, del tribuno ejemplar, del recto amigo, del caballero intachable". Etcétera.

Llegado el gobernador, cuando terminaron sus loas los oradores oficiales y ya el loado abría la boca para contestarles, Domínguez, abriéndose paso entre la multitud a fuerza de empujones o súplicas, se irguió en una pilastra y comenzó:

—"Señores: Uno de los más grandes..."

La gente dió en gritar:

—¡Que se baje! ¡Que se baje!

La algazara fué tan grande y la rechifla tan general, que Domínguez tuvo que bajarse. ¡Y lo que le costó dar a luz el esperpento! ¡Y lo que le costó aprendérselo de memoria!

¿Qué hago con este discurso?, se dijo en su casa, todavía quemándose en las llamas de su indignación. Pues esperar a que hubiese oportunidad de lanzarlo a la vida pública por intermedio de su estentórea laringe. Esperó quince días, y la oportunidad no asomó ni las narices.

Al fin ocurrió un suceso importante en la apacible existencia de la urbe. Un respetable juez, modelo de magistrados y hombre de todos querido por sus grandes virtudes y mayores bondades, entregó su alma a Dios. Todos los habitantes se dieron cita en su sepelio. Aquello fué una verdadera apoteosis. Los poetas entonaron epicedios; los curas, responsos; los oradores, panegíricos. Sólo Domínguez no pudo elevar el suyo. Había arreglado su oración de esta guisa:

"Señores: Una de las más grandes calamidades que la Providencia nos ha deparado, para castigar en los justos las fechorías de los pecadores, lo es la pérdida del probo magistrado que con nadie se casaba y a todos imponía respeto y cariño". Etcétera.

En el cementerio puso cara de circunstancias. Atemorizado por lo que le pasó en la recepción al gobernador, no se atrevía a hablar, esperando que alguno de los presentes, movido por su tristeza, se lo insinuase. Mas, nones. Volvióse a su morada con una hiel y una pena fenomenales. ¿A quién soplarle su discurso? ¿En qué ocasión largarlo?

Para consolarse se lo pronunciaba a sí propio muchas veces al día. Al acostarse, al levantarse, en la hora del almuerzo, en la de la comida. Cosa rara: en cuanto, al terminar, lanzaba el "he dicho" de ritual, sentíase satisfecho, lleno, abotargado, como después de opípara comida. El estómago se le inflaba. De esta manera, de tanto repetir y repetir su discurso, fué poco a poco creciendo su barriga. A la vuelta de unos tres meses, durante los cuales hizo cuanto le fué posible hacer para pronunciarlo, se hallaba convertido en un barrigón.

Nada, entonces, tan extraño como su aspecto. Piernas y busto flacos, casi vacíos, y el vientre combo, cual de embarazada. Era como si lo hubiesen soplado. La gente se le reía en las barbas. No faltó amigo que le preguntara:

—¿Qué? ¿Estás con hidropesía?

Domínguez no sabía qué contestar. No se sentía enfermo. Por el contrario, cada día gozaba de mejor salud. Salud en el cuerpo y en el alma. Sin embargo, se hizo ver con un médico. El médico le hizo desnudarse. Le tentó la barriga. Se la auscultó. Le hizo mil preguntas. Analizó su orina. En fin, las cosas usuales. De postre, vaticinó:

—Usted no tiene nada

—¿Y esta barriga?

—Esa barriga es lo de menos. Su padre, algún abuelo habrá sido barrigón. No se aflija.

Y Domínguez, claro, no se afligía. Continuaba a caza de oportunidades en que pronunciar su discurso. No faltaba a veladas, mitines o banquetes, en la esperanza de que a alguien se le ocurriese pedir que hablara. Miraba a la gente con miradas suplicantes que nadie sabía traducir, pero que significaban: "¡Pídame usted que hable!" Y nadie se lo pedía.

Harto de tanta incomprensión, le suplicó a cierto amigo suyo con quien tenía mucha confianza, lanzara la voz, en cualquiera propicia ocasión, de que Domínguez hablase. Pero el amigo ¡no hay amigos!, después de habérselo prometido, no le hizo pizca de caso, y antes bien, dedicóse con sus compinches a comentar ya el curioso suceso del crecimiento de su barriga, ya el de su voz tonante, plutónica.

Cada vez la barriga iba en aumento. Ya Domínguez estaba hecho una retorta. Pero a él la cosa no le preocupaba ni poco ni mucho. Lo que sí le interesaba era su carrera de orador. En sus soliloquios pensaba que el día que pronunciase su discurso, sería el de su gloria, pues las gentes quedarían tan admiradas de su labia que ya no habría velada, banquete o mitín en que él no tuviera la parte principal. Hasta se le elegiría diputado, para que fuese el Demóstenes criollo del parlamento.

¿Pero cuándo llegaría ese día? Se dispuso a tomarlo por asalto, a modo de una Bastilla.

Regresó al pueblo un joven poeta que en la capital de la República había cosechado lauros. El "Ateneo Literario" —todo un nombrecito—le ofreció un ágape, al que asistió cuanto de selecto había en el lugar. El alcalde, en breves frases, explicó el motivo del homenaje y declaró al poeta "hijo predilecto de la ciudad". Una salva de aplausos fué prueba del asentimiento con que se le escuchó. En ese momento, Domínguez se puso de pie, enarbolando su copa de champaña:

—"Señores..."

Alguien quiso hacerle callar. Pero el poeta le atajó:

—Déjelo. Que hable. Será el número bufo de la fiesta.

Domínguez, aunque lo oyó, continuó impertérrito:

—"Uno de los más grandes honores que la Providencia nos ha deparado lo es haber adornado al jardín de nuestro pueblo con la exótica flor que se llama: un poeta."

Domínguez sintió que el estómago se le aflojaba, que un gran peso se le iba de encima.

—"Que los hombres abran lo más que puedan sus brazos para estrechar entre ellos al cantor de nuestras glorias pretérritas, presentes y futuras, y las mujeres, nuestras mujeres, encarnaciones de la Diosa Belleza, honra y prez de la raza, desprendan sus mejores rosas, aunque sean las de sus mejillas, para coronar la sien inmarcesible del apolonida autóctono e inimitable"...

Hubo un estremecimiento en la sala. Las gentes miraban a Domínguez con un gesto mitad de admiración, mitad de espanto. Y lo que admiraban y les espantaba, no eran sus frases sino su barriga que conforme iba hablando, iba visiblemente disminuyendo de volumen. Así hasta el fin. Cuando pronunció el "he dicho" de ritual, advirtió que su vientre había desaparecido, volviendo a ser el flaco de antaño. Los pantalones le sobraban. El chaleco y el saco más fingían bolsas que saco y chaleco.

Los comensales pusiéronse a reir estrepitosamente. No era para menos. En medio de las carcajadas, una señora de buen humor resumió, concretó sus pensamientos y los ajenos en esta frase lapidaria:

—¡Ese hombre se había tragado un discurso!

Alberto HIDALGO.

"SOTTO VOCCE"

No te encastilles, no, que es vano empeño
para los hombres como tú, la altura;
mancharías la cumbre del ensueño
paseando por ella tu figura...

Auscúltate, más vale; sé más llano,
no peques por hacer literatura,
si bien sabes que mientes, que es insano
tu blasón de alocada miniatura.

Y si quieres ser fuerte y volar alto,
no te dejes llevar del sobresalto
que en tu mente es tan solo vanidad;

Y busca para el viaje hacia la cumbre,
un algo que te guíe y que te alumbre,
que es muy negra y fatal tu obscuridad...

Obdulio LAVEZZOLO.

En casi todos los pueblos europeos se considera mascota portadora de suerte, a la herradura de caballerías encontrada en la calle.

El juego de la salud

El medio más ingenioso que se haya empleado para acostumbrar al niño a la práctica de la higiene es la introducción en las escuelas del "Juego de la Salud", concurso infantil organizado en muchos países bajo denominaciones diferentes y con algunas variaciones de detalle. El niño no aprende sino lo que le interesa apasionadamente, por lo cual se ha introducido en este juego un elemento de competición que tiene para él especial atractivo.

El Juego de la Salud puede durar indefinidamente—se ha jugado a veces durante un año entero,—pero su duración ordinaria es de tres meses. Exige cierta cantidad de material impreso. En cada clase hay un cuadro de honor y un gráfico de los pesos. Cada niño tiene las reglas de higiene, su gráfico de pesos y las tarjetas en blanco donde inscribe los resultados del mes. También se pueden agregar folletos ilustrados que llamen la atención de los niños acerca del cuidado de los dientes, la tuberculosis o cualquiera otro tema que concierna especialmente a la región interesada.



Niños mostrando su tarjeta donde se inscriben los resultados del mes.

Es necesario, ante todo, despertar el interés y obtener el apoyo de las autoridades escolares, y si se organiza el Juego en todas las escuelas del país simultáneamente, comunicarlo al ministerio de Instrucción Pública para que se autorice a los maestros y maestras a consagrarle cada día un cuarto de hora. Luego hay que despertar el interés del personal docente reuniendo a maestros y maestras para explicarles la utilidad de ese Juego en la vida del niño, y los métodos que den los mejores resultados. De igual manera se procurará obtener la colaboración, asimismo indispensable, de los padres.

En Checoeslovaquia, donde la Cruz Roja de la Juventud inició el Juego, las reglas que es proponían a los niños eran las siguientes:

a) Lavarse la cara, las manos, el cuello, las orejas y limpiarse las uñas todas las mañanas.

b) Cepillarse los dientes por la mañana y por la noche.

c) Lavarse las manos antes de comer.

d) Bañarse una vez por semana, cuando menos.

e) Dormir diez horas, con las ventanas abiertas.

f) Respirar por la nariz, no por la boca.

g) Conservar siempre el cuerpo recto, ya se esté en pie o sentado.

h) Ser cuidadoso y ordenado en casa.

j) Mantener el cuerpo limpio, especialmente el pelo.

k) No escupir en el suelo ni en la calle.

l) No introducirse los dedos ni ningún objeto sucio en la boca.

m) No beber en un vaso en que haya bebido otro.

n) Procurar interesar a otros niños en las reglas de la higiene.

Al empezar el ejercicio se pesa al niño, y se inscribe en el cuadro de honor suspendido en la clase su nombre, edad, tamaño, peso, y el peso normal de su edad. Se entrega a cada alumno, con las reglas de higiene, un gráfico de los pesos racionales, un cepillo de dientes, una caja de polvos dentífricos y una pastilla de jabón.

También se le entrega la "tarjeta del mes", que el niño lleva consigo y en la cual marca cada día con un punto las reglas que ha observado fielmente. La carta debe estar firmada por los padres y presentada una vez por semana a la maestra de la clase. Si ésta tiene motivos para creer que el alumno no es bastante concienzudo, no la firma, pero hay que reconocer que los niños no han desmentido casi nunca la confianza que se ha tenido en ellos. Durante los quince minutos que se consagran diariamente al Juego de la Salud, la maestra examina la cara, el cuello, las manos y las uñas de los alumnos. Esta inspección diaria contribuye a mantener el celo de los niños por las reglas del Juego e informa a la maestra de las capacidades de perseverancia de cada cual. Todo niño que ha obtenido cierto número de puntos, ve su nombre al fin de cada semana marcado con una estrella en el cuadro de honor. Si ha sido marcado durante cuatro semanas consecutivas, recibe una pequeña medalla. La medalla del primer mes representa la Salud; la del segundo, la Fuerza, y la del tercero, la Alegría. Así se sugiere al niño que es sano y vigoroso, y que también será feliz. El niño que no gana nada en el primer mes, puede tentar de nuevo la prueba y trabajar otro mes para obtener la medalla de la Salud. La distribución de las insignias y la inscripción de los nombres en el cuadro de honor se hace lo más impresionante posible, y se tiene cuidado de no dar medallas a los niños que no la hayan merecido.

Antiguamente los reyes gastaban verdaderas fortunas para vestirse. Era frecuentísimo el caso de Isabel, hija de Enrique II que se casó en 1559 con Felipe II de España, tener el capricho de no ponerse más que una sola vez cada vestido y eso que el más barato le costaba cuarenta y ocho mil francos.

Un arquitecto norteamericano ha calculado que puede edificarse una casa de 600 metros de elevación por 60 de ancho para cada fachada; tendría 150 pisos y podría ser habitada por noventa mil personas. El costo, llegaría a 300 millones de dólares.

El reputado médico francés M. Hecquet siempre que visitaba a sus clientes ricos, pasaba por la cocina abrazando a los cocineros y dándoles gracias por las enfermedades que ocasionaban a los amos.

Parnell el jefe de los autonomista irlandeses, tenía horror al color verde. No podía usar ninguna prenda de dicho color ni permanecer en una habitación decorada con tonos de esmeralda. Cuéntase que en cierta ocasión, se negó a dar la mano a una señora, porque llevaba el vestido verde, y se alejó de ella en cuanto le fué posible cortar la conversación.

Uno de los primeros que defendió la emancipación de los negros, fué el filántropo norteamericano Antonio Benezet, perteneciente a la secta de los cuáqueros.

Las langostas marinas tienen un miedo cerval a los truenos. Cuando hay tormenta se sumergen hasta lo más profundo del agua.

La página de los lectores

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO.—"La página de los lectores"—Maipú 393—Buenos Aires.

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

Mi ideal es una joven de regular estatura, gordita, rubia, de ojos negros y soñadores, y de mirar profundo.—*Leo.*

Mi ideal lo constituye una simpática morocha, de regular estatura, ñatita, de ojos negros y sonrisa encantadora. —*Ilusión.*

La mujer ideal de mis sueños es una chica de 15 eneros, que ha sabido cautivar mi joven corazón.—*A. B.*

Desde el seno de los bosques chaqueños en donde el estruendo de las tormentas se confunde con el rugir de los pumas y el trinar de los alegres pajarillos, busco sin tregua ni descanso mi ideal. ¿Creéis mis bellas lectoras que podré encontrarlo?—*Caballero del Bosque.*

Mi ideal está encarnado en una simpática morochita de ojos negros, la cual ha cautivado mi corazón.—*Horacio B.*

Mi ideal es una chica de 17 años, morena, pero simpática, más bien baja, y que deteste el baile como yo.—*Pájaro Azul.*

Mi ideal lo he encontrado en una encantadora jovencita que tiene 16 años y que con su trato amable y sencillo supo despertar en mi un verdadero amor.—*Prometeo, de Rivadavia.*

Mi ideal lo encierra el deseo imposible de formar un dulce hogar con una morocha de 27 años, de ondulados cabellos, que con sus expresivos ojos de cielo despertó en mí el fuego del amor. —*Corazón sin esperanza.*

Mi ideal es una rubia de mirada expresiva, cuyos ojos se clavaron en mi corazón como dos puñalitos de oro.— *Joven peligroso.*

Mi ideal lo constituye una esbelta ninfa de 16 abriles, que con su porte romántico a lacerado mi corazón.—*Rubio pensativo.*

El ideal que se ha forjado mi mente es una rubia de ojos azules, de 14 a 16 años.—*Morocho 17.*

El ideal de mi corazón es una hermosa joven de quince años, de mirada triste y abrasadora, cuya sonrisa se asemeja a la de un ángel, y la cual ha despertado en mi joven corazón por ella correspondido un amor que sólo se extinguirá con la suprema y eterna separación.—*F. P.*

Mi ideal lo constituye una hermosa rubia, de unos 15 a 16 abriles, que con su mirada atrayente supo conquistar mi corazón.—*Rubio M. C.*

Mi ideal, lo constituye una joven de 17 años, de cutis blanco, un poco alta, de cabello castaño que con su mirada ardiente y su sonrisa encantadora, supo cautivarme.—*Morocho de anteojos.*

Mi ideal es una simpática chica, rubia, de ojos negros.—*Mingo.*

Mi ideal de porteño, es una morocha rosarina, de 18 agostos, de cabellos y ojos negros, que le guste el cine, el baile y por último los niños.—*Federico P. 513.*

Mi ideal está cifrado en una simpática rubia de 17 abriles y bellos ojos.— *Ignacio L.*

Mi ideal es aquella chica que tuvo el privilegio de hacerme un joven lleno de ambiciones, aquella que con su trato de mujer culta despertó en mi ese afecto que se llama amor... Es ella una joven sencilla y la amo como se puede amar a una madre...—*Pedro N.*

El ideal de mujer que se ha forjado mi mente ya lo he encontrado. Es una hermosa rubia, de ojos castaños y cabello ondulado, la cual con su atrevida mirada, que es la hoja de un filoso puñal me ha herido en el pecho. —*Alberto.*

¿Cuál sería mi mayor felicidad?

Mi mayor felicidad consiste en que lleguen mis padres de Europa para compartir la alegría de mi boda con una morocha de ojos grandes.—*Charito.*

Mi mayor felicidad sería que el morochito a quien tanto amo, no fuera tan ingrato con la:—*Rubia triste.*

Mi mayor felicidad consistiría en ser correspondido por la rubiecita que amo con excesiva locura.—*Cholo.*

Mi mayor felicidad, consiste en que mis padres se fueran a vivir a Buenos Aires.—*Una Casildense.*

Mi mayor felicidad sería ver más a menudo al morocho que ha sabido conquistar mi joven corazón.—*Puntarenense.*

Felicidad... ¿Dónde estás? ¿En las etereas regiones interplanetarias o en las profundas entrañas de la tierra? En la escabrosa superficie terrestre, yo creo que no existes; y si existes seguramente serás sorda, muda y ciega.—*Urano.*

Mi mayor felicidad sería que "ella" supiera que la amo.—*Leandro.*

Mi única y mayor felicidad sería poder ver a la morocha que tiene loco y desesperado mi triste corazón.—*Porteño F. P.*

Mi mayor felicidad sería convertirme en "joven alado" para hacer un viaje a Europa y conquistarme una italianita.—*Juan C.*

Mi mayor felicidad sería encontrar un joven simpático, morocho o rubio, me es igual, pero sí que le guste el baile y la alegría.—*Rubia alegre.*

Mi mayor y única felicidad sería encontrar un joven cariñoso, alto, de 22 años y que sepa tocar divinamente el piano, pues soy muy amante de la música.—*Una Baraderense.*

Mi única y mayor felicidad la constituye un rubio simpático, de ojos celestes y engañadores, que es muy aficionado al baile y al sport.—*Nena enamorada.*

Mi mayor felicidad sería ser correspondida por un simpático chico de 18 a 20 abriles, que sea amante del baile y del cine, y que sea, además, empleado nacional.—*Rubia chiquita.*

Nuestra mayor felicidad sería que el señor jefe de policía tomara medidas contra esas malas gentes que tantos crímenes y horrores cometen en Rosario de Santa Fe.—*Dos rosarinas.*

Mi mayor felicidad sería, que el ser a quien amo con locura, no me haga sufrir con su indiferencia.—*Carolina.*

Mi mayor felicidad sería que me quisiera como yo lo quiero el morocho en quién he puesto mis ojos.—*A. H.*

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por una simpática rubia de regular estatura, ojos azules y no mayor de 16 años.—*Un enamorado de Villa Devoto.*

Mi mayor felicidad sería que mi amor fuera correspondido por el ideal de mi corazón.—*Alma que sufre.*

Mi mayor felicidad sería encontrar un joven rubio de 16 a 18 años, de ojos pardos, que sea amigo de la política. —*Rubia mendocina.*

¡Felicidad! ¡Felicidad! ¡Cuánto te busco! ¡Cuánto anhelo encontrarte! ¿En qué insondable abismo te ocultas que no puedo descubrirte? ¿Es que me está vedado el beber en tu ánfora la dicha?... ¿Será acaso que te ocultas en el fondo de los ojos, de ese rubio que me brinda amor y ventura sin fin? Si así es, corro presurosa a encontrarte, para poder gritar junto con mi amado. Soy feliz.—*Melenita Castaña.*

Mi mayor felicidad sería volver a ver al ser que tanto amo. — *Corazón noble.*

ECOS DE SALÓN

En los altos círculos sociales circula un secreto "a grandes voces": Nuestras niñas y jóvenes señoras han resuelto el grave problema de la conservación del cutis durante la permanencia en el aristocrático balneario de Mar del Plata.

Al efecto, se han munido de varias cajas de amydalosa en polvo, para preparar la famosa receta de la revista parisiense: "una cucharadita de amydalosa en polvo, en media palangana de agua, forma una deliciosa horchata para lavarse varias veces al día y mantener la tersura y trasparencia del cutis, cuya blancura es notablemente realzada." Amydalosa se expende ya en toda farmacia y perfumería.

Macanitas

¿RIÑA DE GALLOS?

Amador y Bienvenido,
(dice un diario) se han batido
en el campo del honor
y agrega que salió herido
en el encuentro, Amador.
Y siendo, como se sabe,
el "encuentro" un ligamento
que se halla en el nacimiento
de las alas en el ave,
(bocado muy suculento),
me parece que ha ofendido
a Amador el redactor,
si es que al decir que fué herido
"en el encuentro", ha querido
llamar "gallina" a Amador.

MUY OBLIGADO

Hace días, el señor
Obligado, a un servidor
(que se honra con su amistad)
se vió en la necesidad
de suplicarle un favor.
Por más que yo agoté todos
los medios y no he logrado
servirle, no me ha importado,
pues sé que él, de todos modos,
Quedará siempre "Obligado".

LADRON DE BUEN GENERO

Se detuvo, con la ayuda
de pesquisas, a un ladrón
porque robó de un cajón
tres piezas de seda cruda.
Procedió la policía
muy bien, declararlo es justo,
pero, ante el juez yo con gusto
por él intercedería.
Que se haga lo que se pueda
por concederle el perdón
pues, al fin, es un ladrón
"de buen género"... De seda).

EL VOTO OBLIGATORIO

Por ley se vino a obligar
a votar, y es lo peor
que se priva al elector
de abstenerse de votar.
Y así, como consecuencia
del obligatorio voto,
no puede ningún devoto.
hacer "voto de abstinencia".

¡MENOS MAL!

Un criminal, acusado
de haber muerto a su mujer,
fué hasta la cárcel llevado
con esposas anteayer
y quedó incomunicado.
Por su conducta horrorosa
le ha sucedido una cosa
de las más extraordinarias:
Se deshizo de una esposa
y ahora se encuentra con varias.
No pudo la charla de una
sufrir y... Mas, por fortuna,
mejoró su situación
con la incomunicación.
¡Ahora no le habla ninguna!

José M. SIERRA.

Saturno se queda sin anillos

La noticia es grave: Saturno se va quedando sin anillos y dentro de poco se verá sin ese adorno que le hacía la excepción en nuestro sistema solar.

En otro tiempo se creyó que los anillos del sexto planeta eran sólidos, y después que eran líquidos.

En 1857 Maxwell demostró la imposibilidad de que fuesen ni sólidos ni líquidos sino simplemente un vasto conglomerado de partículas cada una de ellas con su órbita particular alrededor del planeta. Las partículas del anillo interior giran alrededor de Saturno con una velocidad de 19 kilómetros por segundo y las del anillo exterior a 16 kilómetros por segundo. El color de los anillos depende de que las partículas estén más o menos cercanas unas a otras. Estas partículas varían en tamaño: desde el de una avellana hasta el átomo de polvo. El diámetro del sistema de anillos es veintiuna veces y media mayor que el de la tierra, pero su grosor no pasa de 160 kilómetros.

Estos sutiles anillos están constantemente bajo la influencia de los meteoros y cometas y un encuentro con éstos quita materia al sistema anular: sus partículas, o son lanzadas en el espacio o caen sobre Saturno.

Las partículas de estos anillos chocan constantemente unas con otras produciendo frecuentes condensaciones muchas veces visibles. Las del anillo exterior salen despedidas al espacio y las del anillo interior al chocar unas con otras caen al planeta. Estos anillos se van ensanchando y separando acercándose los unos a Saturno y los exteriores apartándose de él.

Se calcula que estos anillos son de reciente creación y su vida se calcula en unos pocos miles de años.

Los anillos no tienen atmósfera.

Cuando recordamos que todos los días chocan con nuestro planeta 400 millones de aerolitos, ¿cuál no será el número de estos proyectiles que constantemente bombardean a Saturno? Se puede decir que la destrucción de estos anillos tanto por las fuerzas internas como por las externas ha llegado ya a un estado que se manifiesta telescópicamente, cambio que se nota por la transpariencia adquirida por los anillos.

Saturno se va quedando sin anillos y día llegará en que, por haber parte de ellos desaparecido en el espacio a causa de las fuerzas externas, y haber caído en su superficie otra buena parte de ellos, se verá privado de ese adorno que le diferenciaba de sus otros hermanos, hijos del Sol.

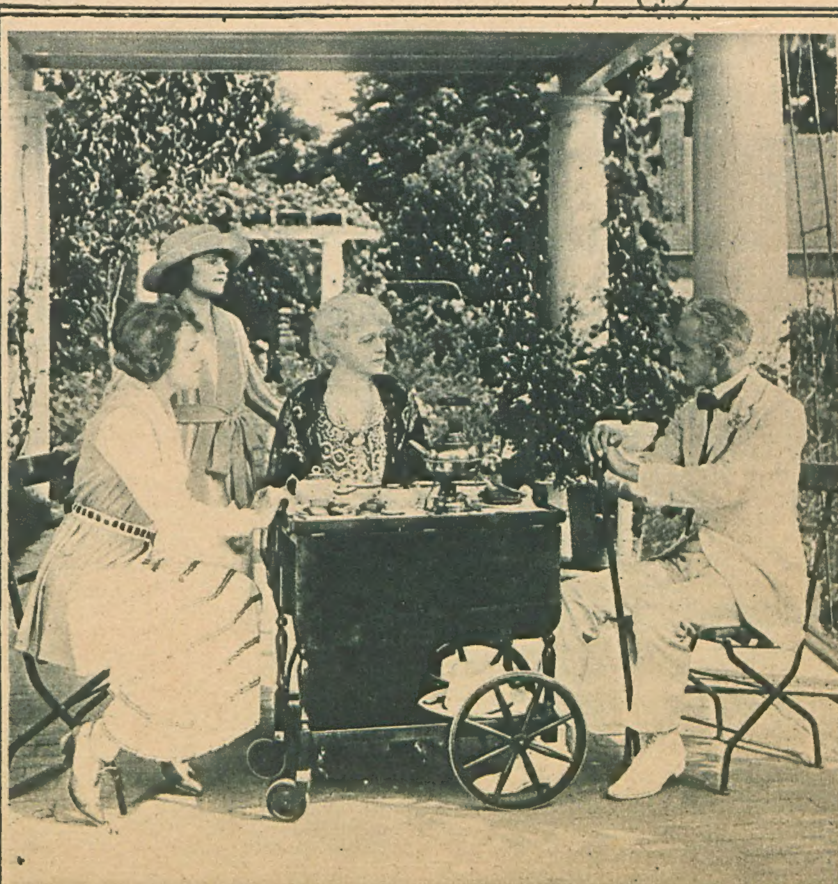
Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires

Frente a la pantalla

La bella y popular actriz cinematográfica Maude Wayne, columpiándose. Este ejercicio, conceptuado uno de los más sanos, contribuye en grado sumo al desarrollo de los músculos.

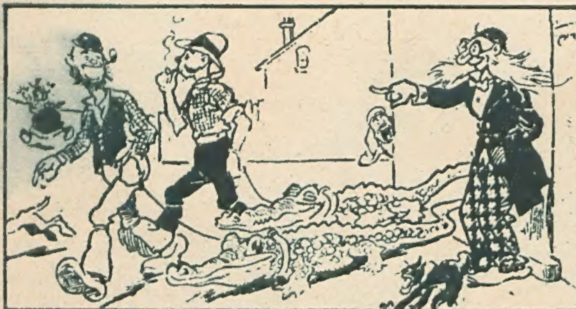


El director Alfred Green y el actor Thomas Meighan, durante la impresión de una de las escenas del film "El hombre que vió el mañana".

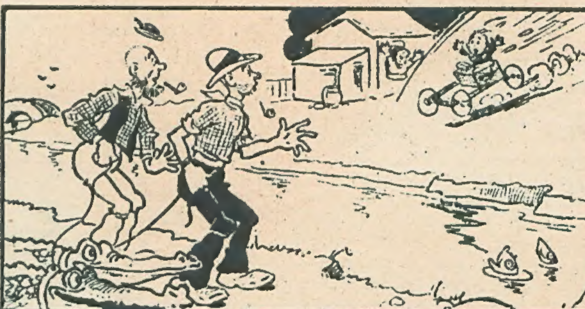


Edith Steckton y Luis Kimball, en una de las interesantes escenas de la película "A través de la tempestad".

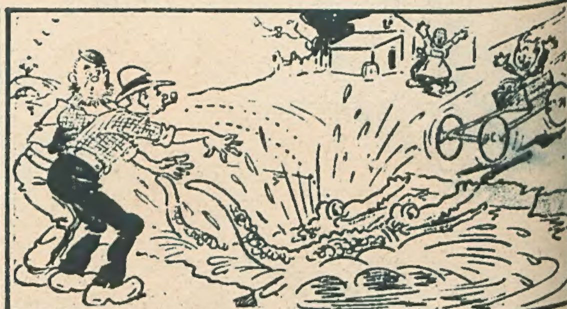
"BERGANTÍN" Y "TRAPALÓN" HACEN UNA BUENA ACCIÓN



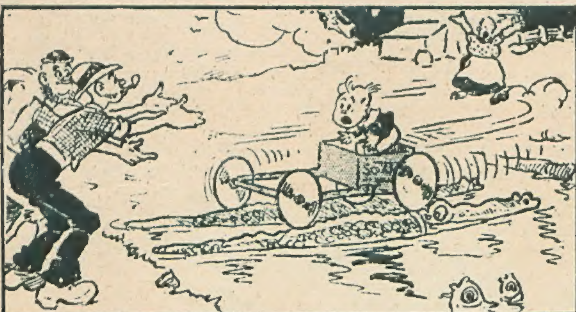
"Bergantín" y "Trapalón" — que son dos pobres diablos", — para ganarse el pan de cada día se ven precisados a pasear todas las tardes los dos cocodrilos amaestrados que el judío Otarioff guarda en su casa como recuerdo de su mujer, que en vida fué una célebre domadora...



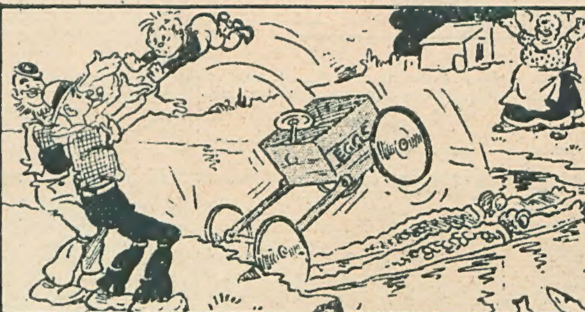
De pronto, al llegar a orillas de un riacho, "Bergantín" y "Trapalón" ven con el mayor de los asombros descender en vertiginosa carrera por la pendiente de un cerro un cochecito en el que hay un pibe que grita desesperadamente...



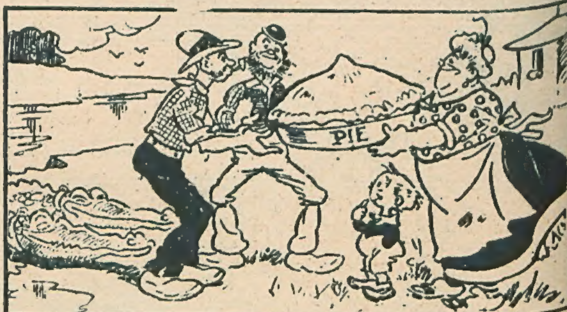
Y como el coche, ante el estupor de la mamá del pibe, se va a precipitar en el líquido elemento, que se tragará al pibe sin remedio, "Bergantín" y "Trapalón" tienen una idea maravillosa...



Arrojan al agua a los dos cocodrilos, los que, como conscientes de la delicada misión que se les confía, se estiran paralelamente a lo ancho del riacho, improvisando un puente milagroso... Y el "desbocado" cochecito pasa por él...



Pero al llegar a la orilla opuesta el cochecito tropieza en el borde de tierra y levantándose bruscamente por detrás despide al pibe por los aires con tan buena suerte, que va a caer en los brazos abiertos de sus peregrinos salvadores.



Y como la proeza de "Bergantín" y "Trapalón" es digna de una condecoración, a falta de un par de medallas a propósito, la madre del pibe, agradecida, obsequia a éstos con un budín de su invención, que es como para chuparse los dedos.

MUNDO ARGENTINO

Precio del ejemplar al público en todo el país: $ **0.10.**
Precio de la subscripción anual: $ **5.—** m|n. en toda la República y $ **3.—** oro en el extranjero.

Agente exclusivo para la venta en el Uruguay:
ANGEL ADAMI, Plaza Independencia, 824, Montevideo.

Agente exclusivo para el Paraguay:
RUFINO D. RECALDE, Buenos Aires, 209, Asunción.

Agente en São Paulo (Brasil):
ANTONIO ANUNZIATO, Rua San Bento 67.

Los repórteres y fotógrafos de la capital se hallan munidos de una credencial en forma, la cual debe exigirse en todos los casos.

No se devuelve los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de los recibidos.